

MFN 1469

UNA GLORIA NACIONAL

CDD 923.5

APUNTES PARA LA BIOGRAFÍA

DEL GENERAL

MANUEL BRICEÑO, 1849-1883

COMANDANTE GENERAL DE LA 3.ª DIVISIÓN DEL EJÉRCITO
DE OPERACIONES SOBRE LA COSTA ATLÁNTICA

POR

UNO DE SUS CONTEMPORÁNEOS



BOGOTÁ — 1885

IMPRENTA DE SILVESTRE Y COMPAÑÍA

A LAS SEÑORAS

Dolores Fernández de Briceño

v

Maria Diaz de Briceño,

Dedican este recuerdo de cariño

Sus Amigos.

Bogotá, Junio de 1885.

UNA GLORIA NACIONAL

I

PARECE á primera vista asunto trivial, de muy fácil despacho y campo ameno y extensísimo, en el cual puede espaciarse libremente el espíritu humano, el seguir paso á paso y sin tropiezo el largo y variado camino que emprende el hombre desde que sus ojos se abren al primer rayo de luz, desde que de su pecho se escapa el primer gemido, hasta el momento supremo en que, agobiado por la fatiga del viaje y llamado por la voz de Dios, se entrega al sueño reparador, del cual no ha de despertar jamás. Parece fácil llevarle, como si dijéramos, el cargo y la data de sus cualidades y de sus defectos, el debe y el haber de sus vicios y de sus virtudes, y presentarle, llegado el caso, el balance definitivo de su cuenta, cobrándole el déficit ó abonándole el superávit que arroje su saldo.

Pero no es así; y para nosotros, sobre todo,

novicios en este género de trabajos, y que movidos solamente por la admiración que nos inspiran las grandes virtudes y los grandes hechos es que hemos tomado á nuestro cargo la tarea de escribir estas páginas para satisfacer nuestro propio corazón y para presentarlas en el altar de la República como un pequeño tributo de amor á sus glorias y de respeto á sus desgracias; para nosotros, decimos, el asunto es más que difícil, si no imposible, y no lo trataríamos si no estuviésemos persuadidos de que su resultado es beneficioso y corresponde á las necesidades de esta época aciaga, en la que todo se ha trastornado, desde el cerebro del hombre hasta el resorte más insignificante del organismo social; época en la que al través del incendio de la guerra civil, prendido y atizado por los hijos indignos de la Patria, se descubren los hombres superiores cuyo corazón jamás ha dejado de palpitar de entusiasmo en presencia de las grandes glorias nacionales, cuya cabeza nunca ha dejado de pensar en la verdadera prosperidad y en el progreso positivo de la República; cuyo brazo valeroso jamás ha abandonado por cobardía ni por egoísmo la espada que sus conciudadanos le entregaron para la defensa de sus derechos; cuyos labios, en fin, nunca han estado cerrados para alentar al patriotismo, á la abnegación y al sacrificio de los pueblos cuando la defensa de las libertades públicas y los derechos inmanentes

del hombre y del ciudadano lo han exigido, y cuya pluma, vigorosa como el acero y ardiente como el rayo, jamás ha dejado de correr, veloz como el pensamiento, para defender la libertad y la justicia, el orden y la ley escrita, así como para denunciar los abusos de cualquier género que los encargados de proteger á la sociedad han cometido en el ejercicio de sus funciones.

Y puesto que sin defraudar nuestras propias legítimas esperanzas, y sin aparecer como sordos á la voz de la justicia y como ciegos á la luz de la verdad no podríamos volver atrás en la senda que nos traza el deber, y en la cual nos acompaña el guía seguro de nuestra conciencia, entramos en ella, temerosos, eso sí, de no llegar á su término con la satisfacción de haber cumplido nuestra misión, colmando los deseos de nuestros compatriotas.—Vamos á delinear, siquiera sea imperfectamente, los principales rasgos característicos de una de las más simpáticas figuras contemporáneas, de la cual los enemigos de la República han hecho el blanco de sus odios y de sus calumnias; porque no han tenido la fortuna de conocerla en todos sus pormenores; porque la han visto brillar al través del humo y de la metralla en los combates, en la lucha de la lógica contra el sofisma y la calumnia en las Asambleas y en el palenque del periodismo, pero siempre, en todas partes y en todas las ocasiones, en la guerra contra el desorden, la anarquía, la impie-

dad, la injusticia y la esclavitud que ellos mismos han pretendido erigir en sistema de gobierno.

Desencadenadas hoy las pasiones políticas y convertidas en infernales furias, que todo lo atropellan y destruyen, que todo lo pervierten y aniquilan, y que no descansan en la funesta tarea de confundir el bien con el mal, la virtud con el vicio, el amor á la Patria con el propio interés, la torpe y estúpida ambición con el noble y cristiano deseo de ver próspera y feliz esta tierra que tantos y tan grandes sacrificios ha costado, y que hoy cuenta entre sus verdugos á muchos de sus ingratos desnaturalizados hijos, el corazón del patriota se ensancha, sin embargo, y se estremece de alegría y de esperanza, cuando de en medio de tantas desgracias, de tantas maldades y de tantas rebeldías se levantan seres privilegiados en los cuales se ve como encarnado el triunfo de las grandes ideas y de las grandes doctrinas; seres dotados de la fuerza de voluntad bastante para sobreponerse á todos los odios, para vencer todas las dificultades, para dominar todos los peligros y para inmolarse, si es preciso, en defensa de los derechos de sus conciudadanos; seres que representan las esperanzas de la República, y á quienes la Providencia señaló sin duda una misión superior que hasta el presente han cumplido y que continuarán cumpliendo, á pesar de todos los obstáculos con que sin duda habrán de tropezar en su camino.

II

Entre los innumerables patriotas que recorren hoy el dilatado territorio colombiano, llevando victoriosas las armas que la República ha confiado á su prudencia, á su lealtad y á su probado valor, así como la oliva de paz y la idea de la Regeneración prometida á los pueblos por el ciudadano que rige los destinos de Colombia, hay uno cuyo nombre se repite de boca en boca en uno y otro campamento, cuyos triunfos producen en sus amigos, que son muchos, el frenesí del entusiasmo, en sus émulos ó rivales la envidia y entre sus enemigos el terror, la rabia y el desconcierto, pero que para él no significan más que una sola cosa—la libertad, la verdadera, la cristiana libertad, por la cual se inmoló el Hombre Dios, y por la cual los héroes legendarios de la antigua Colombia rindieron su vida en los campos de batalla, en el patíbulo ó en el destierro; sí, esa es la libertad que con tanto noble ardor defiende el soldado sin mancha, el ciudadano probo y abnegado, el creyente sin hipocresía, el varón esforzado que sabe llevar sobre sus hombros y sonriendo el cúmulo de responsabilidades que pesan sobre él.

Salvando la inmensa distancia que lo separa de su hogar y de sus amigos y admiradores que desde niño le conocieron y comprendieron; al través de las dificultades que supera y de los peligros que afronta impasible y sereno, y por en medio de las filas de los enemigos que vence y aniquila y que después perdona, se le ve erguido, incansable, recto, ardiendo en patriótico entusiasmo, y dispuesto siempre al sacrificio antes que rendir la bandera que para él representa la honra y la gloria de la Patria, la paz, el progreso y la prosperidad de la República, á la cual parece que hubiera consagrado desde el primero hasta el último aliento de su existencia....

¿Pero quién, se nos preguntará después de leer lo que antecede, quién es ese hombre que jamás ha rendido su espada sin escarmentar al enemigo, que nunca trepidó ante los obstáculos ni ante los peligros, que ni una sola vez se ha sentido desfallecer ni ante el odio profundo é inexorable de sus enemigos, ni ante lo que es peor y más cruel, ante la ingratitud de sus conciudadanos? ¿Quién es ese hombre que así anima á los unos con el fuego de su patriotismo como aterra á los otros con sólo el poder de su palabra?

Algunos de nuestros lectores habrán ya recorrido con el pensamiento la compacta y dilatada fila en que forman los leales y valerosos soldados de la República, y que se extiende desde el Carchi hasta el Táchira, y desde las playas de la Goajira

hasta el Istmo de Panamá, para encontrar á ese hombre; pero estamos persuadidos de que para los que conocen la historia íntima de nuestro país y los varios y trascendentales sucesos que en él se han verificado de diez y seis años á esta parte, exclamarán conmovidos: ese hombre es **MANUEL BRICEÑO**.

Y ese es, en efecto; y con la mano puesta sobre nuestro corazón, y con la fe que nos inspira nuestra propia conciencia, podemos asegurar que no hemos dicho ni más ni menos de lo que él merece; y puesto que ya lo hemos visto á lo lejos y en conjunto, examinemos ahora las diversas faces bajo las cuales se le puede contemplar, y en el resultado de ese examen hallaremos un todo armónico que en nada contradice ni en nada se opone al que acabamos de describir.

III

Nuestro amigo el señor D. Luis Segundo de Silvestre, engalanó las columnas del número 44 del *Papel Periódico Ilustrado* con el trazo “de algunos rasgos que den á conocer, dice, á uno de los hombres que á fuerza de mérito y de labor, ha venido á figurar en primera línea en un partido político tan esquivo de sus favores como lo ha sido siempre el partido conservador. Esto sólo bastaría para aquilatar lo que vale MANUEL BRICEÑO, si sus trabajos en el periodismo y en las luchas ardientes de nuestros partidos no fueran testimonio de sus altas dotes.” Si el carácter y programa del periódico en que leímos hace dos años ese bosquejo biográfico de MANUEL BRICEÑO hubieran permitido á su distinguido autor salvar los límites de la vida común, para recorrer, aunque fuera de paso, el revuelto mar de nuestra política interna, y presentar á MANUEL * como se le ha visto siempre, en medio de ese torbellino de intereses y de pasiones encontradas, nadie

* MANUEL BRICEÑO es nombrado entre sus amigos y copartidarios simplemente MANUEL, como prueba de cariño, por cuyo motivo nosotros le nombramos de idéntico modo en el curso de este escrito.

mejor que él habría podido dejar correr su pluma libremente, y escribir todo cuanto puede escribirse de nuestro héroe. Desgraciadamente aquella hoja privilegiada, que nació, se formó y creció extraña en un todo á las discusiones políticas, no se prestaba á recibir en sus columnas nada que no fuera agradable para sus millares de lectores de todos los partidos, y hé aquí por qué fué preciso á nuestro amigo de Silvestre dejar en el tintero, como si dijéramos, el alma de MANUEL. Y esta circunstancia es tanto más de lamentarse cuanto que sin ella su biógrafo habría coronado su obra, dejando desde entonces á la República el verdadero retrato de quien bien merece que se le conozca en todas partes, por todos sus compatriotas, y hasta en los más insignificantes rasgos de su fisonomía moral.

Nació MANUEL BRICEÑO en Bogotá el 8 de Julio de 1849. Hijo del ciudadano General Emigdio Briceño, natural de Trujillo, en Venezuela, y soldado de la Independencia desde la edad de catorce años, y de la señora D.^a Dolores Fernández y Armero, natural de Cali, en el Estado del Cauca, parece que MANUEL hubiera heredado de sus progenitores el acendrado amor á la Patria y el desinterés y abnegación que en él admiramos cuando se trata de la defensa de las grandes y nobles causas.

Su carrera literaria fué relativamente corta, pues la empezó en la escuela primaria de las señoras González Lineros, la continuó muy niño aún en el Colegio Seminario, que regentaban en 1859 los Jesuítas, y la terminó en 1862 en la "Academia Mutis," bajo la dirección del señor D. José Caicedo Rojas. No tuvo, pues, MANUEL ni la ocasión ni el tiempo suficiente para manifestar en los bancos de la escuela las grandes ventajas de su espíritu elevado, aunque sí las brillantes dotes de su nobilísimo corazón.

Dedicado por algún tiempo al comercio, y poco después socio en una empresa añilera en el distrito de Nilo, la que, como todas las de su género, tuvo un resultado funesto, fué, sin embargo, en ella en donde MANUEL desplegó como por encanto todas las fuerzas de su cuerpo para el trabajo material, y sus recursos intelectuales para la combinación de todos los elementos de que podía disponer á fin de producir el resultado que él y sus compañeros de trabajo se prometían. Para MANUEL aquella empresa fué una verdadera campaña, pero campaña cruda y recia contra una naturaleza virgen y áspera como la de todos nuestros climas ardientes y contra una temperatura deletérea. Todo lo arrojó con inquebrantable firmeza y con una fe profunda, compañera inseparable de las más dulces y consoladoras esperanzas; para él no había diferencia entre el día y la noche, si se trataba de hacer

alguna operación industrial que ofreciera algún resultado, y todo era lo mismo para llenar su deber de socio y de amigo, de hijo y de hermano, de hombre y de ciudadano. Perdidos todos sus esfuerzos en este primer ensayo que hizo en el vasto campo de la industria agrícola, en el cual nególe Pomona sus favores, regresó á Bogotá, no desalentado por el golpe que acababa de recibir de la suerte, porque MANUEL no ha sentido jamás el desaliento, sino más bien henchido su corazón de esperanzas para el porvenir, al cual pensaba ya asociar á la entonces señorita María Díaz Cubillos, á quien conoció, trató de cerca y ofreció su mano cuando, de viaje á Nilo ó de regreso á la ciudad, paraba en la hacienda de Puerta-Grande, en donde ella crecía como las flores modestas de los campos, bajo una atmósfera suave y benéfica y al amparo de sus mayores.

En cambio de las abruptas montañas de Nilo que tan ingratas le fueron, MANUEL eligió en la capital un campo vastísimo como su pensamiento, y que, aunque erizado también de innúmeras dificultades y de desengaños sin cuento, era el más á propósito, por lo mismo que el trabajo había de ser en él permanente y la lucha tenaz y sin descanso. Imposible imaginar por aquel entonces que MANUEL, que no contaba veinte años, pudiera abrirse á sí mismo y sin grande esfuerzo las puertas de ese campo inmenso y revuelto como el mar, que se llama la política; y más difícil

aún el pensar que en aquel cerebro no bien formado todavía para las grandes operaciones del espíritu, pudieran nacer y desarrollarse con tanta rapidez las ideas que desde entonces hicieron de él un verdadero carácter y el tipo del hombre de partido.

Pero hay en MANUEL una cosa que nunca nos cansaremos de admirar, y que todos los días nos causa la misma sorpresa, y es la precocidad fenomenal con que se desarrollaron en él las facultades intelectuales, rico venero de donde la República, la sociedad colombiana y el partido conservador han derivado grandes beneficios. Y ese desarrollo casi instantáneo de la inteligencia es tanto más sorprendente cuanto que en el tránsito de la escuela á la montaña, y de la montaña á la arena del periodismo, es muy difícil que un hombre que no posea condiciones rarísimas y un talento natural muy poco común, pueda alcanzar á tan corta edad la elevada posición que MANUEL alcanzó desde entonces.

Los años transcurridos desde 1861 pueden contarse por las conmociones internas que han asolado y empobrecido á Colombia; y la revolución oficial del 10 de Octubre de 1868 encontró á MANUEL en el puesto que el deber y la conciencia señalan al hombre destinado á cumplir una gran misión. Cuando se verificó aquel suceso que nunca podrá justificarse á los ojos de la probidad y del buen sentido nacional, y que las futuras

generaciones colocarán entre las páginas negras de la historia de la República, ya MANUEL había hecho sus primeras ardientes publicaciones en *La Prensa*; y consecuente con lo que en sus escritos proclamaba, viósele honrado con el título de prisionero del Gobierno general en aquella pírrica jornada, en la que, si de un lado se ostentaban la honradez, la debilidad y la confianza en una palabra empeñada, del otro hacían alarde de su mala fe la alevosía y la fuerza bruta. En esa fecha infausta para el honor nacional, recibió MANUEL lo que podemos llamar su bautismo de fuego. Enviado por el Magistrado cautivo en comisión cerca del Presidente, General Santos Gutiérrez, fué atacado, en pleno día y de improviso, por unos cuantos de esos alborotadores de plaza, que en pelotones armados con las armas de la República, revelaban en sus semblantes el deseo de encontrar una víctima que introlar en aras de la victoria que acababa de concederles uno de sus menos envidiables favores. Los disparos de fusilería dirigidos desde la plaza de Bolívar sobre el indefenso comisionado del Gobernador de Cundinamarca llenaron el espacio; nadie pudo por el momento darse cuenta de lo que pasaba, y sólo cuando se hubo disipado el humo de la descarga pudo distinguirse á lo lejos que la víctima escogida por el furor revolucionario era MANUEL BRICEÑO, quien firme y con la cabeza levantada, parecía esperar impasible la repetición

de aquel triste ensayo de muerte. Mas la Providencia, árbitro poderoso y benévolo de los destinos de los hombres y de los pueblos, impidió que el intento de los demagogos se realizase, y MANUEL, rodeado pocos momentos después por algunos caballeros, con la calma y la serenidad de espíritu de quien nada teme, continuó su marcha hacia el palacio de San Carlos, en cumplimiento de la comisión que se le había confiado.

Parécenos ser este el punto de partida desde el cual puede ser contado MANUEL en el número de nuestros hombres públicos más notables. Sus convicciones políticas, á las cuales ha sacrificado todo lo más caro que el hombre puede poseer sobre la tierra, recibieron entonces la doble sanción del corazón y de la inteligencia. Desde luego, MANUEL dejó de pertenecerse á sí mismo para entregarse íntegra y libremente á la lucha con sus adversarios. Aquel bautismo de fuego templó su carácter, enardeció su sangre, vigorizó las fuerzas de su elevado espíritu, y prendió en su pecho juvenil y generoso la chispa que más tarde había de arder como un volcán para sosegarse á poco al amparo de la razón fría y un tanto desapasionada.

Desde el 10 de Octubre de 1868 no ha vivido MANUEL la vida propia sino la vida de la República, la vida del partido conservador, la vida del febricitante, á quien la propia enfermedad conserva la existencia y comunica fuerzas bastantes

para luchar con la muerte. Los afectos de la familia, las dulzuras y la tranquilidad de un hogar sereno siempre y apacible, apenas servían para dar una corta tregua al combate empeñado con las doctrinas que desde un principio consideró opuestas á la buena marcha de la sociedad y al bien de la Patria. Sus escritos de entonces en *La Prensa* y en *El Bien Público*, y los que más tarde dió á luz en *La América*, periódico fundado por él en asocio del nunca bien sentido José María Quijano Otero, revelan bien claramente el vigor, la entereza y la energía con que MANUEL defendía las que le eran propias.

Cuando en 1873 quiso dar su nombre junto con su suerte á la señorita María Díaz Cubillos, realizando así las esperanzas que su corazón acariciaba hacía algún tiempo, MANUEL figuraba ya en la numerosa lista de los hombres de acción del partido conservador, y su nombre y sus servicios se estimaban justamente. El 19 de Febrero de aquel año vió satisfechos los deseos de su corazón, recibiendo con el beneplácito y las bendiciones del cielo y de toda su familia, y en medio de sus numerosos amigos la mano de la que ha sido, es y será la fiel y amorosa compañera de su vida. Y como una prueba inequívoca del intenso amor que al hogar paterno ha profesado, no quiso fundar uno nuevo, sino más bien llevar á sus amados padres una nueva hija y á sus hermanos una nueva y cariñosa hermana.

Las rarísimas condiciones de MANUEL como hombre de familia darían materia suficiente para escribir un grueso volumen que sin duda sería leído con creciente interés. Pero para llenar nuestro propósito bastará decir que apenas habrá un corazón más afectuoso, más tierno y más comunicativo que el de MANUEL en los contados momentos en que rodeado de sus padres, de su esposa, de sus hermanos, de sus hijos y de sus amigos de intimidad, se le ve departir cariñosamente con todos sobre los sucesos domésticos y á las veces sobre los que se verificaban fuera del recinto del hogar.

Allí mismo, en los bajos de su casa de habitación, se hallaba la imprenta en que se publicaba *La América*; y és fácil suponer con cuánto interés miraría MANUEL aquella hoja en la cual exprimía, por decirlo así, su propio corazón. A la parte política del periódico, agregó á pocas vueltas la *Semana Religiosa* y la *Semana Literaria* de *La América*, como si aquélla no fuera bastante á mantenerlo siempre con la pluma en la mano. No contento aún con lo que hacía para mejorar la condición moral de las clases trabajadoras, fundó poco después, pero en la misma época, *El Obrero*, semanario moral y religioso, del cual apenas pudieron salir algunos números, debido, no á la falta de constancia ni de buena voluntad de su parte, sino á circunstancias que en aquella época era imposible prever.

IV

La Providencia, que dispone las cosas como mejor conviene á sus designios, preparaba á MANUEL una de esas pruebas dolorosas, en las que es preciso reunir todo el valor moral, toda la energía y toda la fe de que es capaz el hombre para sobreponerse al infortunio; prueba terrible á la que, por la sabia disposición de Dios, no está sujeto el hombre sino una vez en la vida. Llegaba para MANUEL el aciago día 6 de Enero de 1874, en el cual, dando de mano á sus habituales quehaceres, había de concentrarse en sí mismo, echar un fúnebre velo sobre el pasado que dejaba en pos de sí una honda huella de lágrimas y de recuerdos queridos, para no pensar sino en el presente amargo y doloroso que abría las puertas del sepulcro al padre y al amigo, al consejero fiel y al íntimo confidente de su corazón, y en el porvenir de una dilatada familia, á la que la muerte arrebatava su amparo y su consuelo, su alegría y su esperanza sobre la tierra.

Natural y justo es que al tributar al hijo el homenaje que le es debido por sus grandes virtudes públicas y privadas, nos detengamos por

un momento ante la sombra veneranda del soldado de Bolívar y de Páez, y nos descubramos con filial respeto y patriótica reverencia ante el buen ciudadano, ante el amante y tierno esposo, ante el amoroso padre de familia y ante el cumplido caballero á quien plugo á Dios llamar á su seno, dejando, sí, un buen remplazo entre los defensores de la República, y un hijo digno de su nombre á la cabeza de su dilatada prole. Si para el hijo que no ha llegado aún al zenit de la existencia, y con el arma al brazo y el corazón rebosando de entusiasmo recorre al presente las playas del Atlántico en persecución de los enemigos de la Patria, tratamos de hacer rica provisión de afecto y de respeto entre nuestros conciudadanos, ¿cómo hemos de guardar silencio cuando se trata del padre que, niño aún, empuñó las armas de la Gran Colombia, y contribuyó con sus esfuerzos á dar patria y libertad y gloria á los pueblos oprimidos? ¿Cómo no hablar de los méritos y virtudes del padre al encomiar las bellas condiciones morales y los merecimientos del hijo? ¿Quiénes, si no los padres, son los que forman el carácter de los hijos? Sin la frecuente amonestación, sin el sabio, oportuno y prudente consejo, y sobre todo, sin el buen ejemplo de los padres, ¿qué sería de los hijos? Pues bien: si esto es así, rindamos también á la memoria del ciudadano General EMIGDIO BRICEÑO el homenaje de nuestras alabanzas,

puesto que pudo dejar para la Patria un servidor leal y desinteresado como él y para la familia un digno representante suyo. ¡Honor y gloria imperecederos á los padres que forman hijos como MANUEL BRICEÑO! La República debiera contarlos entre sus más eficaces servidores, y la sociedad como modelos dignos de ser imitados!

Justo era también y natural, y si se quiere un deber de conciencia, que nosotros, individualmente, consagráramos aquí un recuerdo de gratitud y de acendrado cariño á aquél que después del autor de nuestra existencia fué nuestro más noble y generoso amigo.....

Desgarrador era el espectáculo que ofrecía el hogar de MANUEL en los días aciagos que siguieron al en que se consumó el desgraciado suceso que vino á echar sobre sus hombros el peso enorme de una responsabilidad más que él estaba muy lejos de comprender y mucho menos de declinar. En medio del llanto y de la congoja de los unos, de la desesperación, hasta cierto punto justificable, de los otros, y del natural y justísimo dolor de todos, destacábase la noble figura de MANUEL, quien, haciendo un poderoso esfuerzo sobre sí mismo, y ahogando dentro de su corazón atribulado los gritos de su propio dolor, andaba de uno en otro sitio recorriendo los diversos grupos de seres encomendados ya á su cuidado, y llevándoles á todos el consuelo, la resignación y las cari-

cias mezcladas con el amargo llanto del infortunio. El golpe, en verdad, no podía ser más tremendo, la desgracia era inmensurable; pero la Divina Providencia no impone á los hombres la obligación de llevar una carga superior á sus fuerzas.

Pasados los primeros días, en los que la intensidad de la pena se sobrepuso á todo otro sentimiento y el día y la noche se sucedían lentamente uno á otro sin que en aquellos desolados corazones penetrara un solo rayo de esperanza, fué preciso que MANUEL tomara á su cargo la doble tarea de derramar en ellos el bálsamo precioso de la cristiana resignación y de mostrarles el cielo como la única Patria agradecida, en donde tarde ó temprano, habrán de reunirse para no separarse nunca los seres á quienes Dios destinó á vivir juntos sobre la tierra. Era necesario que MANUEL se diera á sí mismo cuenta de la nueva situación que le creaba el infortunio, que se hiciese cargo de la dulce y sagrada al par que ponderosa responsabilidad que aquél le aparejaba, y que, de aprendiz y mero tripulante que era todavía, se convirtiera en piloto experimentado, para llevar á seguro puerto la nave de la familia, cuyo capitán acababa de sucumbir á la fatiga; era preciso, en fin, que MANUEL se penetrase bien de las nuevas obligaciones que la desgracia y su conciencia le imponían, y escogitase los medios de cumplirlas.

Su corazón, formado para la lucha, se sintió con la fuerza suficiente para seguir siempre adelante en el camino que su excelente padre le había señalado, y su inteligencia comprendió fácilmente que el trabajo honrado y el religioso cumplimiento de todos sus deberes era el medio de solventar su penosa situación, y á ello consagró todo su ser con un ardor y un interés dignos de su noble alma, sin que por esto sea lícito pensar que descuidara las obligaciones impuestas por la Patria, las que para él han sido siempre de un carácter más elevado. Y aquí el teatro en donde habían de hacerse conocer y en donde habían de sobresalir las bellas condiciones morales de MANUEL: la entereza, el patriotismo, el desinterés, la abnegación, la benevolencia estaban personificadas en el huérfano á quien no en vano rodeaban el profundo cariño de los suyos, y el aprecio, el respeto y la estimación de cuantos comprenden todo lo que se debe al hombre que sobrelleva dignamente su desgracia.

V

La consagración al bien público es una virtud eminentemente patriótica y rarísima en nuestros días; es una disposición constante á consagrar nuestras fuerzas y nuestra actividad al bienestar y á la honra de la patria, á sacrificar nuestras personales ventajas á la utilidad común; es el sacrificio desinteresado y espontáneo de nuestro tiempo, de nuestra fortuna, de nuestra tranquilidad individual, es la ofrenda voluntaria que se deposita en el altar de la patria; y cuando ésta se halla en peligro, cuando los enemigos la amenazan con la deshonra y el ultraje, con el hierro y con el fuego, y exige grandes y costosos esfuerzos, la naturaleza de nuestras quejas es el termómetro en que debe medirse la elevación de nuestras ideas y de nuestras virtudes cívicas. El verdadero patriota, el amante del bien público se sacrifica sin murmuración y sin quejarse de los males que la guerra trae consigo: ve en dónde está el peligro, y corre á vencerlo y dominarlo; sabe en dónde está el mal y vuela á impedirlo, y todo lo demás le importa poco. En MANUEL es innato el amor á la Patria, y el amor al bien

público en todas sus diferentes manifestaciones ha llegado en él hasta la exageración, si es que ésta puede caber en el ejercicio de las grandes virtudes.

Desde 1874 se sentía en todo el país algo que presagiaba una gran tormenta: el huracán de las pasiones políticas rugía cada vez con mayor fuerza, y el odio de los unos, la indignación mal comprimida de los otros y el descontento de todos hacían en el seno de la amenazada sociedad el efecto de las detonaciones subterráneas precursoras de las grandes catástrofes. Mas de media nación vivía sometida de muchos años atrás á un simulacro de gobierno impuesto por el fraude y la violencia, ejecutados por el partido radical; la necesidad de sostenerse lo obligaba á continuar la larga serie de desafueros de que había echado mano para llegar al poder, y la víctima de todos sus abusos, y el objetivo de todas sus leyes inicuas, era el partido conservador, al cual desde 1861 se le habían arrebatado todos sus derechos políticos. Ni en los tribunales de justicia, ni en los comicios, ni en la enseñanza pública ó privada podía el vencido ejercer su propia autonomía; y so pretexto de que era necesario someterlo á la ley del progreso indefinido, y con el epíteto de *el enemigo común*, se le señalaba á las masas inconscientes como el blanco de su odio, al cual habían de dirigir sus tiros.

El 1.º de Agosto de 1875 debía verificarse la

elección del ciudadano que debiera dirigir los destinos de la República en el período subsiguiente. Desde las primeras horas de la mañana recorrían las calles de la ciudad numerosos grupos de jóvenes despertando el entusiasmo en favor de su candidato, que lo era el señor doctor Rafael Núñez, y vociferando contra el Gobierno. Este presintió su derrota, y resolvió, como sus predecesores, emplear, para evitarla, la violencia. Al decir de un periódico radical de la época, la elección no fué, al fin, otra cosa que “un mango-neo brutal, una zambra salvaje, una merienda de negros;” y esta pintura no es más que la copia del cuadro de todas las elecciones en que desde 1861 el partido conservador ha querido tomar parte. Faltan, sin embargo, en este cuadro las sombras y los golpes de luz que hacen resaltar más y más el sacrificio del derecho; falta la Guardia colombiana de aquellos días, cuyas armas sirvieron para consumarlo, y falta, por último, la sangre de los hijos del pueblo y de la juventud independiente, que empapó las calles de la ciudad, como en otro tiempo las había empapado la sangre conservadora.

En la fecha señalada por la Constitución se instaló el Congreso nacional con dobles diputaciones por los Estados del Cauca y Cundinamarca, y con un diputado más por el Estado del Magdalena. Los Representantes de Antioquia y Tolima se separaron de las sesiones, en vista de

tamaña irregularidad, y las Cámaras se disolvieron con este motivo: los diputados del Cauca se negaron á firmar el Manifiesto que aquéllos hicieron á la Nación, y determinaron apoyar los propósitos del Gobierno federal, presidido por D. Santiago Pérez, propósitos conocidos ya de todo el mundo, y que consistían en imponer al país, de grado ó por la fuerza, la Presidencia del señor Aquileo Parra. Los conservadores del Congreso adoptaron en esta emergencia una política de espectación, pero resolvieron, de acuerdo con la inmensa masa del partido, ocupar el lugar que les correspondía en las filas de la oposición, y poner en juego todos sus recursos y elementos en la lucha que era ya imposible evitar con los enemigos armados de la sociedad y de la República. El país necesitaba una completa regeneración, un cambio absoluto y definitivo en el personal que dirigía sus destinos por el camino de la anarquía y del desorden en todo sentido. Los mismos liberales comprendían sin esfuerzo esa necesidad, y muchos de entre ellos, hombres, por otra parte animados de un espíritu patriótico y justiciero, proclamaban la idea de una justa resistencia al orden de cosas que se quería imponer al país. Pero cuando se persuadieron de que á aquella necesidad debía ponerse un eficaz y pronto remedio, por temor, ó por egoísmo, ó por cálculos políticos, siempre falsos al tratarse de una lucha decisiva con la opinión pública, se

verificó entre ellos una nueva descomposición, porque los partidos se dejan avasallar por la pasión que los domina y que se sobrepone á toda conveniencia. Sólo un reducido número de hombres honrados y de bien templado corazón se apartó de los gobernantes y pasó á engrosar las filas de los defensores de la libertad y de la justicia, quedando con este solo hecho formulada su protesta solemne contra los atentados oficiales.

Imposible sería enumerar éstos ni pintar la desesperante situación á que el país había sido sometido por los mismos que tenían el deber de procurarle la paz, la honra y la prosperidad: sería necesario tener á la vista el cuadro vivo de aquellos días de agitación febril, de desconfianzas recíprocas, de desesperación y de desconcierto para los hombres que disponían del poder y del Tesoro público, por una parte, y por otra los esfuerzos simultáneos y poderosos del partido conservador para impedir que aquéllos continuaran en su tarea de desacreditar y arrojar baldón á la frente de la República; y para conseguir esto tendríamos que apelar al repaso prolijo y concienzudo de una historia fecunda en hechos vergonzosos para unos, y de altísima significación para otros, y esta labor no se compadecería en manera alguna con el plan que nos hemos trazado.

El Comité nacional conservador determinó enviar á los Estados del Atlántico un Comisionado

con el objeto de informarse de la situación exacta en que aquellos pueblos hubieran quedado después de la guerra á que había puesto término el sangriento combate de San-Juan de Cesar, librado por el General Felipe Farías, de pulsar la opinión de los conservadores, de alentar el espíritu público, y de pasar, por decirlo así, una revista de inspección á todas las fuerzas disponibles, aunque inermes, con que el partido pudiera contar en aquellos Estados para la reivindicación de las libertades públicas.

Justamente reconocidas y apreciadas las condiciones que debiera tener aquel Comisionado, ninguno mejor que MANUEL BRICEÑO podía desempeñar con más eficacia é inteligencia, con mejor voluntad y animado de mejor espíritu, tan importante misión. El Comité nacional le comunicó el nombramiento, que él aceptó gustoso, á pesar de las grandes dificultades domésticas que se le oponían, y el 17 de Octubre de 1875, á las seis de la tarde, tomó el camino de la hacienda de Tequendama, y por el alto de Copó siguió á Guataquí, burlando la vigilancia del Gobierno que espiaba sus pasos y que había dado órdenes secretas y terminantes de detenerlo en el camino de Guaduas. El 20, á las cuatro de la tarde, salió de Honda en el vapor *Confianza*. En Puerto-Berrío supo que alguien, que con él hacía el mismo viaje, tenía encargo oficial de seguirlo y detenerlo en Barranquilla. Esta noticia obligó á

MANUEL á detenerse en el puerto de Sambrano por algunos días, de donde, atravesando el Magdalena en una canoa, se dirigió por las montañas de Plato hacia San—Juan de Cesar en solicitud del General Farías.

Al emprender este largo, difícil y peligroso viaje no se ocultaban á MANUEL los obstáculos con que tendría que luchar para llevarlo á feliz término. El carácter de que estaba investido por la entidad que representaba entonces los intereses y las aspiraciones de la gran mayoría nacional lo obligaban á sostener una posición incompatible con los elementos de que podía disponer desde el punto de vista pecuniario, en atención á que los hombres nos fijamos por lo regular en las exterioridades para resolver si debemos dar ó no importancia á lo que de nosotros se espera. Su presencia por la primera vez en poblaciones para él desconocidas, y que acababan de pasar por todos los horrores de la guerra, podía, por otra parte, hacerlo ver como un enemigo de la paz pública, y por lo tanto procurarle mayores dificultades y peligros en el cumplimiento de su delicada misión. Mas ya está dicho que MANUEL se sobreponía á todo con tal de satisfacer su ardiente anhelo por la salvación de la República con el triunfo de la causa de sus convicciones.

Después de algunos días de penosísimo trayecto llegó MANUEL a la ciudad de San—Juan, teatro del combate librado el 7 de Agosto ante-

rior, y cuartel general entonces del Jefe vencedor, quien, después de recio batallar, se disponía á volver á sus tareas de simple y modesto ciudadano, para lo cual se ocupaba en el licenciamiento de sus tropas. El General Farías era de concepto que se unificase el partido conservador en el Estado del Magdalena para lograr su preponderancia en él, y que lo mismo debía hacerse en el Cauca. La opinión de aquel Jefe fué atendida por MANUEL sin dificultad alguna, puesto que si en las instrucciones que recibió del Comité nacional conservador no se tratara de tal unificación, las funciones del Comisionado habrían sido nugatorias. MANUEL dió cuenta á sus comitentes de Bogotá de lo que había hecho y de lo que se proponía hacer en beneficio de la República, y les avisó que tendría que cambiar el itinerario de su viaje, ó más bien dicho, que tendría que complementarlo.

Poco antes de su salida de San-Juan organizó el Comité central del Estado del Magdalena, y luego estableció las sucursales de éste en Santa-Marta, Ríohacha, Valle-Dupar, Plato y Chiriguaná. Embarcose en seguida en el río Cesar, bajó al Banco y por el Magdalena llegó á Mompox, de allí á Cartagena y por último á Panamá, dejando por todas partes y en todas las poblaciones que recorría su simpático recuerdo.

En MANUEL pueden observarse á primera vista las condiciones del hombre político y acendrado

patriota; del culto é insinuante miembro de la sociedad, cuyo trato suave, franco y bondadoso cautiva y arrastra, y del hombre de convicciones profundas, en cuya defensa emplea una franqueza y una energía que admiran sus mismos adversarios. La clara visión de su inteligencia, creada y destinada á servir de núcleo á las opiniones conservadoras, tuvo en aquel viaje ocasión de mostrarse en toda su brillantez. MANUEL se convirtió en el apóstol que había de llevar á remotas regiones la luz del evangelio político, al cual debían dar asenso todos los hombres de buena voluntad: la idea que él proclamaba era la misma que hoy, después de diez años de constante lucha, ha venido á servir de base de programa administrativo al profundo pensador y al hábil piloto que dirige la nave del Estado con el apoyo de los mismos ciudadanos que en aquella época secundaron á MANUEL en sus patrióticas miras: esa idea era la de la Regeneración de la Patria.

En los Estados del litoral atlántico levantó MANUEL el espíritu público, dió aliento y unidad á la gran mayoría conservadora, comunicó á todos los corazones el entusiasmo en que el suyo ardía y persuadió á todo el mundo de la necesidad de remediar los males de la República, reivindicando sus derechos. Cumplido este sagrado deber se preparaba MANUEL á regresar á Bogotá, cuando un incidente inesperado le hizo cambiar de resolución. El paquete del Pacífico había llevado á Pa-

namá la noticia de un movimiento revolucionario en el Cauca, movimiento que, según informes, colocaría al General Trujillo en el Gobierno de aquel Estado, en cambio del señor César Conto, auxiliar poderoso del Gobierno nacional. Esta revolución sorprendía al partido conservador del Cauca, y era preciso obrar activamente, recorrer muchísimas leguas más de camino, y redoblar el empeño á fin de que pudiese reunir en oportunidad sus fuerzas y sus recursos dispersos. Nuevamente se dirigió MANUEL á sus comitentes de esta capital para anunciarles que en uso de las atribuciones que tenía había determinado seguir al Cauca por Antioquia. Tomó, en efecto, el vapor de Colón para Sabanilla, subió el Magdalena hasta Puerto-Nacional, entró á Ocaña, organizó allí también y reunió los elementos de que se podía disponer, y regresando al Magdalena entró por Nare á Medellín.

Allí expuso al Gobierno y á los buenos ciudadanos el motivo de su largo é interesantísimo viaje, les pintó con mano maestra la situación general del país, y especialmente la de los Estados que acababa de recorrer, les habló del objeto de su misión, de sus individuales opiniones y del peligro en que se hallaba Antioquia de verse de un momento á otro envuelto en la guerra civil, que MANUEL veía acercarse día por día y hora por hora. Los conservadores de todo el Estado, no menos que el Gobierno, que á la sazón presidía

el señor Recaredo de Villa, comprendieron toda la dolorosa verdad que entrañaba la exposición elocuente y sencilla del Comisionado, y en esta virtud se organizó en Medellín el Comité central del Estado, en tanto que MANUEL preparaba su viaje para el Cauca, y recibía de Ríonegro un billete de carácter político, en el cual se le daba cita para una conferencia con el General Santodomingo Vila, Jefe hoy de las fuerzas nacionales que obran en el Estado de Bolívar contra las de la revolución, acaudilladas por Gaitán Obeso. MANUEL concurrió á la cita, y en ella se habló largamente de las urgentes necesidades que afligían á la República y de la manera de remediarlas.

Días después, MANUEL tomó el camino de Manizales, como si dijéramos, evangelizando á los pueblos por donde pasaba, y entró en el Estado del Cauca, cuyo suelo está hoy palmo á palmo empapado en la sangre de sus heroicos hijos, teatro de grandes é inolvidables hechos, y que en aquella época presentaba un espectáculo comprensible apenas para los hombres que, como MANUEL, estudian con la mayor atención y con el más abnegado interés las necesidades de los pueblos y los medios de procurarles el bienestar que ambicionan. Una de las grandes necesidades del pueblo del Cauca era la cesación de esa tiranía oprobiosa que se le impuso con el pretexto de propender y fomentar la instrucción gratuita y

obligatoria en todas las clases sociales; arma terrible con que el Gobierno del Estado hería contra toda ley y contra todo derecho la conciencia pública y hasta los naturales y más dulces y sagrados sentimientos del corazón humano.

La reacción religiosa que se alzaba pujante era como el presagio de la tremenda y asoladora guerra que amenazaba al Cauca; en tal situación fué cuando se presentó en Popayán el Comisionado del Comité nacional, después de haber sido aprisionado en Buga, y ultrajado y amenazado de muerte por una turba de hombres á quienes el alcohol había convertido en infernales furias. Conferenció MANUEL con todas las personas importantes de Popayán, pero sin esperanza de salud para aquellos desgraciados pueblos, cuya suerte se hallaba en manos de sus propios verdugos.

El Comisionado regresó por último á Manizales, de donde dirigió su última comunicación al Comité de Bogotá, en la que le daba á conocer la situación del Estado del Cauca. Otra nota despachó para el Comité de Medellín con el mismo objeto; pero ni este Comité ni el Gobierno de Antioquia mostraron inquietarse con aquella noticia. El Gobierno, por su parte, se propuso observar la más estricta neutralidad en la guerra del Cauca, y comunicó órdenes terminantes en tal sentido á los jefes militares conservadores del Departamento del Sur. El partido conserva-

dor del Cauca estaba inerme, pero resuelto al sacrificio que la reivindicación de sus derechos le imponía.

MANUEL regresó al fin á Bogotá, al seno de su familia, á los brazos de su madre, de su esposa y de sus hijos, satisfecho de haber cumplido su deber en la medida de sus fuerzas, y resuelto á ofrendar en aras de la causa de la libertad y de la justicia su familia y su vida, si era necesario. La aprobación de su conducta por el Comité nacional, fué, dice MANUEL, la más grata recompensa de sus esfuerzos.

Su misión estaba en efecto terminada, después de ocho meses de penosa peregrinación, en la que recorrió las dos terceras partes del territorio colombiano, espiado, amenazado de muerte y perseguido por sus enemigos políticos, pero al mismo tiempo recibido con entusiasmo, con muestras del más grande aprecio y consideración por parte de los suyos, quienes le veían como al nuncio de mejores días para la República. Y esa misión fué cumplida, como ya lo hemos dicho, con el desinterés, la abnegación y la buena voluntad que su delicado carácter demandaba, y que eran de esperarse de aquel corazón dentro del cual arde permanentemente el fuego sagrado del amor á la Patria. Pero, como MANUEL lo había previsto y anunciado, la guerra tocaba ya á las puertas de todos los hogares en el Cauca, y era imposible detenerla en el camino que traía

bacia el Tolima y Cundinamarca para extenderse luego á todos los Estados colombianos.

Llegar MANUEL á Bogotá, y apoderarse de nuevo de la pluma y de la prensa periódica para lanzar á la cara de los enemigos del sesiego público el anatema formulado contra ellos por la opinión, fué todo uno. Sus artículos de *La América*, que en aquella época salía á luz todos los días, revelan el trabajo incansable y tenaz, y la firmeza del hombre de partido, y el fuego patriótico en que está siempre abrasado ese corazón que por sus palpitaciones contaba los días felices y tranquilos de que había de gozar la República, si la Divina Providencia, que todo lo dispone según es de su agrado, protegía sus esfuerzos, y de en medio de las sombras que cubrían el dilatado horizonte de Colombia se levantaban al fin resplandecientes la luz de la verdad y el sol de la justicia.

Sí! Los pueblos tenían hambre y sed de justicia. Quince años hacía que sus derechos estaban conculcados y su libertad era un mito; quince años de silencio y de humillaciones, de ultrajes y de afrentosa existencia habían colmado la medida del sufrimiento, y resolvieron hacer uso del más terrible, pero del más eficaz de sus derechos, del de insurrección.

VI

La guerra estalló en el Cauca en Julio de 1876, y en Agosto siguiente había prendido en todas partes. Ese incendio devorador que, según decía MANUEL en aquellos días, podía ser apagado con una pequeña dosis de buena fe y de patriotismo por parte de los gobernantes del Cauca y del Gobierno federal, llevó su estrago hasta los últimos confines de la República.

La suerte estaba echada, y tocaba al partido conservador reunir todas sus fuerzas para tratar de vencer á la Revolución impuesta al país por el ciego é inexorable espíritu de partido.

Veamos la parte que á MANUEL tocó en esta general conflagración, y la manera como supo llenar su deber de patriota y de soldado-ciudadano.

Desde los primeros días de Agosto, cuando ya era imposible evitar la guerra en Cundinamarca, y cuando los sucesos se precipitaban con vertiginosa rapidez, recibió MANUEL la orden del Comité nacional para seguir á Guasca y á Sopó con el objeto de preparar un alzamiento en apoyo de los Gobiernos del Tolima y Antioquia. El 12 del mismo mes salió de esta ciudad, acompañado

de sus amigos Roberto Sarmiento, José M. Herrán y José I. Umaña. La oscuridad de la noche ocultó su partida, y fiado en la Providencia, en cuyas manos había puesto la suerte de su Patria, la de su familia y la suya propia, llegó á Guasca, en donde debía reunir todos los elementos de que pudiera disponerse por aquellos contornos: habló con los vecinos influyentes y decididos y se puso en rápida comunicación con los de los pueblos aledaños, de todo lo cual resultó el acopio de algunas armas de diversos calibres, de pésima calidad y sin dotación alguna de municiones, y un entusiasmo que rayaba en frenesí.

El 15 regresó MANUEL á La-Calera, en donde se puso á la voz con el viejo veterano y patriota Coronel José Agudelo, quien ofreció ponerse en armas con sus arrendatarios, y suministró los primeros recursos de dinero para los gastos más indispensables.

El 16 recibió MANUEL la siguiente orden del Comité:

“Declarada la República en situación de guerra, ha llegado el momento de cumplir nuestro deber. Póngase usted en armas; yo iré á incorporarme tan pronto como acabe de dar las órdenes al Estado.—ALEJANDRO POSADA.”

¿Quién podría suponer que MANUEL vacilara en dar cumplimiento inmediato á esta orden? Preparóse para marchar á Guasca y Herrán fué enviado á la capital en solicitud de municiones.

Al amanecer del 17 salió de La-Calera, ya en armas, y á la cabeza de diez y ocho jóvenes voluntarios, que resolvieron compartir con él las penalidades de una campaña crudísima, cuyo resultado no tuvieron en cuenta jamás. Los compañeros de aquel modelo de abnegación y de amor patrio debían ser como él, abnegados y patriotas, y más de una ocasión se echó de ver que eran capaces de grandes sacrificios.

En la noche de aquel mismo día se reunieron en Guasca todos los que hasta aquella fecha habían venido á formar aquel primer cuerpo de voluntarios.

El 18 por la mañana salió MANUEL de Guasca con treinta y seis hombres armados de malos fusiles, y sesenta de palos, y se dirigió á Casablanca, en donde debía encontrar á Ramón L. Acosta, y combinar con él el golpe que había de darse para impedir el paso de un convoy compuesto de 250 hombres de la Guardia colombiana, 1,200 reclutas de Boyacá y Santander y el *entero* de Zipaquirá. Incorporáronse en el "Puente del Común" 40 lanceros de Sopó al mando de Acosta, 30 más de Chía y 30 infantes armados, como los primeros, de lanzas, escopetas, palos y fusiles viejos.

El golpe se dió el 19 con sólo 13 de los lanceros de Sopó, únicos que poniendo sus caballos al escape pudieron dar alcance al convoy que venía ya por "La-Calleja," á toda prisa, temiendo sin

duda una sorpresa. El resultado del ataque no fué para aquel puñado de valientes tan decisivo desde el punto de vista material, puesto que apenas se logró poner en libertad á los 1,200 conscriptos, los cuales en su mayor parte escaparon en el desorden de la refriega; pero el resultado moral de este primer hecho de armas, consumado á las puertas de la capital, llenó de entusiasmo á los que aún permanecían fríos ó desconfiados é indecisos para salir á la campaña, é hizo comprender al Gobierno que si de su parte estaban el parque, el Tesoro público y la riqueza de los ciudadanos, así como la Guardia colombiana, de la otra se hallaban la opinión pública, la justicia, el valor convencido y la constancia.

El 22 de Agosto reunió MANUEL en Guasca una junta de notables del pueblo, en la cual se discutió y aprobó el acta de pronunciamiento de veinte poblaciones debidamente representadas allí.

MANUEL, novicio enteramente en el arte militar, y sin los conocimientos que se requieren para organizar las tropas y dirigir las operaciones de la guerra, se vió obligado, por aclamación de sus compañeros y amigos, á asumir el mando de las fuerzas que obraban por aquellos contornos. Por allí no había libros, ni planos, ni itinerarios, ni nada que MANUEL pudiera consultar para cumplir su misión con probabilidades de buen éxito; no conocía siquiera la topografía del terreno que

ocupaba con sus tropas; pero en cambio tenía á su lado á Ramón Acosta, á Sebastián Ospina, á José Agudelo, á Máximo Nieto y á otros cuantos que con su experiencia, sus talentos, su patriotismo y su decisión á toda prueba, le ayudaban eficaz y activamente en la difícil tarea de la organización.

Después del combate de “La-Calleja,” determinó el Gobierno enviar un numeroso y bien equipado cuerpo de tropas veteranas á capturar ó á perseguir á aquel puñado de hombres. Puso á su cabeza á uno de los jefes más connotados en el escalafón militar, y seguro de que dentro de tercero ó cuarto día la revolución en Cundinamarca habría sucumbido, esperó tranquilo.

El 24 de Agosto ocupó el General Santos Acosta el puente de Sopó con 900 veteranos de la Guardia y un tren de campaña capaz de amilanar un ejército aguerrido. MANUEL se hallaba en Guasca con una parte de sus noveles soldados, y aceptó el combate con 1,439 hombres armados así: con rémington 36; con fusiles viejos 134; con escopetas y carabinas 153; con lanzas 360 y con palos 756. Total de armas de fuego 423, en gran parte sin cartuchos! Para librar el combate eligió el sitio hoy célebre de “Cerro-Gordo,” al oriente de aquella población.

El 25, á las nueve de la mañana, se avistaron las fuerzas contendoras, y después de hechos los preparativos necesarios se rompieron los fuegos

en ambas líneas; á la caída de la tarde, perseguido por aquel grupo de hombres sin miedo y sin elementos para competir con el ejército del Gobierno, se retiró el General Santos Acosta, dejando en el camino algunas armas y algunos prisioneros. Llegó á Guasca, en donde pernoctó atrincherado, manteniendo á sus soldados en actitud de combatir. Durante aquella noche, Ramón Acosta ocupó con su caballería el camino que conduce á Sopó; Eduardo Ramírez, con su infantería, cubrió el boquerón del "Chiquero," y Sebastián Ospina llegó á "Cerro-Gordo" con 80 hombres que traía de Gachetá. Tal era la distribución de los cuerpos del Ejército regenerador para el caso de un nuevo ataque por las fuerzas enemigas que pernoctaban en Guasca.

Ya era de día cuando MANUEL comprendió que en lo que menos pensaba el General Acosta era en atacarlo segunda vez, y que solamente verificaba una rápida retirada que á poco se convirtió en derrota por virtud de las órdenes que MANUEL hizo comunicar á sus tropas y que fueron puntualmente cumplidas. El fuego que se hizo sobre los fugitivos hasta el puente de "Los-Adobes" agotó las municiones y de consiguiente se hizo imposible la persecución. El experimentado Jefe á quien el Gobierno de Bogotá había encargado de la captura y dispersión de los guerrilleros, halló difícil el cumplimiento de su encargo, y desistió de él al ver que á falta de armas,

de municiones, de vestuario y de raciones, el ardiente entusiasmo y la profunda fe en la justicia de la causa que aquéllos defendían, así como su valor y constancia, eran invencibles.

Más de una vez, al recorrer con la imaginación ó sobre el libro de la historia las páginas brillantes en que se registran estos hechos, nos hemos visto impulsados á referirlos con todos sus pormenores; pero al pensar en que obrando de esa suerte salvaríamos los límites del plan que nos hemos propuesto, no podemos menos que reprimirnos, enfrenar la pluma, resistir al ímpetu de nuestro corazón y seguir trazando á grandes pinceladas la vida fecunda de MANUEL. Pasamos, pues, por alto, y á despecho de nuestra voluntad, multitud innumerable de episodios de aquellos días, en los cuales se retratan no tan sólo la voluntad inquebrantable de aquel Jefe de la Regeneración, sino el amor y el respeto con que era mirado y obedecido por sus compañeros de armas. ¡Lástima es, y muy grande, que esos episodios permanezcan ocultos á los ojos de los amigos y de los enemigos! La historia contemporánea llenaría muchas páginas para honra y prez de los que en ellos tomaron parte, y para desagravio y gloria de la República!

Entre los prisioneros hechos en el combate de "La-Calleja," figuraban en primera línea los señores Felipe y Alejandro Pérez, quienes desde su prisión de "Cerro-Gordo" pudieron observar

los milagros que hicieron el valor y el patriotismo unidos en aquella jornada gloriosa para los defensores del derecho. Antes de darles libertad, creyó MANUEL conveniente recabar del Gobierno algunas ventajas, para lo cual pasó una nota al Secretario de lo Interior, en la que pedía que se reconociese como beligerantes en guerra civil á los soldados armados en Cundinamarca en contra del Gobierno, y que se le enviasen algunos elementos de guerra y \$ 5,000 en dinero. El Secretario se limitó á contestar por medio de un billete no oficial, que en cambio de la libertad de los señores Pérez, el Gobierno la daría á los presos conservadores que tenía en su poder, y despachó al arreglo de este asunto al señor Rafael Pombo, provisto de pasaporte é instrucciones al campamento de Guasca. Pombo llevaba, además, \$ 5,000 que la familia Pérez enviaba á MANUEL como precio del rescate de los prisioneros; y no obstante que en la Caja militar de los guerrilleros no había un centavo, su Jefe se negó en absoluto á aceptar la suma que se le ofrecía espontáneamente, y que Pombo devolvió en Bogotá á la familia Pérez: los guerrilleros no querían, ni debían aceptarla. De mucho hubieran podido servir aquellos 5,000 pesos en el campamento de Guasca, cuando los mismos agentes y servidores del Gobierno vendían en aquella época á bajo precio las armas y municiones del parque nacional; pero su aceptación implicaba el sacri-

ficio de la dignidad y del honor de las armas confiados al honor y á la dignidad de MANUEL.

Este hubiera podido convertir en prisión para aquellos señores la estrecha cueva del Páramo, en donde un solo hombre podía custodiarlos; pero aquella prisión habría sido demasiado dura y cruel, y en el corazón del Jefe de aquellos *malhechores*, como lo llamaba oficialmente el Gobierno, no cabía esa crueldad. MANUEL quería, además, suavizar en lo posible la guerra, y dar el primero el ejemplo de generosidad y de hidalguía para con los vencidos por sus armas. Por último, y antes que manchar su bandera con una acción indigna, resolvió dejar en libertad á aquellos señores para volver á su casa; y en previsión de que dentro de los límites de su campamento pudieran ser detenidos ó molestados, les dió una escolta para que los acompañase hasta ponerlos fuera de todo peligro.

Los gobiernistas, interesados en arrojar baldón sobre los soldados del derecho, se empeñaron en hacer creer que los señores Pérez habían sido tratados duramente por los guerrilleros, y con este motivo se hicieron mil conjeturas á cual más extrañas á la verdad. Decían unos que MANUEL había recibido la suma ofrecida como rescate; otros que los Pérez se habían escapado de la inmunda prisión en que se les tenía, burlando la vigilancia de los carceleros; éste aseguraba que aquella gente no podía custodiarlos; aquél que

ese acto de filantropía y de generosidad no pasaba de ser una ostentación de benevolencia para obtener más tarde la noble retribución del Gobierno. La justicia no entró por nada en las apreciaciones que se hicieron sobre la libertad de los señores Pérez. La revolución sucumbió porque era necesario que sucumbiera; porque la Providencia lo tenía así dispuesto; porque era justo y necesario que por aquel Gobierno y por aquel partido sin fe, sin probidad y sin conciencia, se preparasen desde entonces los sucesos que hoy, á la vuelta de diez años, se están verificando en Colombia! Si MANUEL hubiera aceptado el rescate se habría dicho que sus armas eran una amenaza para la sociedad, que los bandidos de la Calabria se quedaban muy atrás de los soldados de la Regeneración. Pero eso era imposible. No imponía á MANUEL ese sacrificio de su honra y de la honra de sus compañeros, ni la seguridad que pudiera tener de que semejante hecho habría de procurar el triunfo de su causa, porque él no hacía la guerra por odio, ni por buscar fortuna, como muchos la han hecho, sino para conseguir el triunfo de una idea, de una grande y noble idea, la de la regeneración de la Patria!

El estrecho límite á que tenemos que reducir este trabajo, no nos permite detenernos en los pormenores de la campaña que hizo MANUEL con ese ejército de voluntarios casi inermes, y por lo tanto, nos conformaremos con seguirlo á todas

partes, y mostrarlo á sus amigos y admiradores entre el humo de los combates y en los Consejos en donde su voto era estimado en lo que vale. Sensible es que al recorrer la historia de aquellos días tengamos que pasar por alto muchos hechos que tanto honran y enaltecen á los que los ejecutaron como dan honra y gloria á la República.

Sigamos á MANUEL en su movimiento de Sopó á Nemocón, verificado el 29 de Agosto. La vanguardia regeneradora sorprendió el resguardo de la salina de aquel pueblo y le tomó las armas. De ahí siguió á Ubaté, de donde huyó la fuerza que allí había, dejando algunos elementos de guerra; luego se dirigió por Cucunubá hacia Sisga, haciendo en veintinueve horas veinte leguas de camino en perfecta formación, pues aquellos soldados habían descubierto que toda marcha era practicable.

Entre tanto el General Santos Acosta se movía el 1.º de Septiembre de Zipaquirá en dirección á Ubaté con una fuerza considerable. El 2, cuando la guerrilla descendía al valle de Suesca, Acosta tomaba el camino de Tausa con el objeto de perseguirla y someterla.

Al regresar MANUEL á Guatavita envió una Comisión á los Jefes de la guerrilla del “Mochuelo,” la que tenía por objeto acordar la fecha en que pudieran reunirse en un punto dado ambas fuerzas para vencer ciertas dificultades. Contestose que oportunamente se daría el aviso del

caso para que en un día dado la fuerza de Guasca pudiera moverse sobre Monserrate y Guadalupe, y la del "Mochuelo" se moviera sobre el mismo punto, por detrás de la serranía que al Oriente domina la ciudad.

Al hacer este movimiento, MANUEL no pensaba en provocar un combate desigual con las numerosas fuerzas que el Gobierno tenía acantonadas en Bogotá pero ya en vísperas de marchar al Tolima, sino solamente amenazar la ciudad para impedir el envío de refuerzos sobre nuestros amigos de Occidente, proteger la reunión de las fuerzas del "Mochuelo" con las que él mandaba, y lograr el asalto de un convoy de elementos de guerra que el Gobierno despacharía para el Norte.

A las cinco de la mañana del 8 viéronse desde la ciudad flamear las banderas y estandartes de la guerrilla sobre los cerros de Monserrate y Guadalupe. Julián Obando ocupaba el punto del "Boquerón" con 45 hombres, Sebastián Ospina el de Guadalupe con 75 y MANUEL con 250 el de Monserrate. Desde aquella altura se observaba fácilmente el movimiento que se verificaba dentro de los cuarteles y en las calles de la ciudad, y los aprestos de un próximo ataque por parte de las tropas del Gobierno. Ordenó MANUEL en consecuencia la retirada de Ospina y de Obando; pero las dificultades que ofrecía el largo rodeo que tenían que hacer los Ayudantes para comunicar-

se con aquellos Jefes por lo escabroso del terreno, impidieron que aquellas órdenes fuesen cumplidas oportunamente. Las fuerzas de Bogotá treparon los cerros á paso de carga, y los fuegos se rompieron por ambas partes entre nueve y diez de la mañana.

Sobre los 45 hombres de Obando marcharon el Batallón *Tiradores* y el Escuadrón *Gutiérrez*, y sobre los 75 de Ospina subieron los Generales Acosta y Camargo, á la cabeza de dos ó más cuerpos de infantería de la Guardia. Ospina pudo retirarse al fin en orden; pero Obando, no pudiendo hacerlo, resistió el empuje de una masa de fuerzas diez veces mayor que la suya, y cayó prisionero. Entre las armas que entregó al vencedor había muchos cuchillos enastados en palos . . . ; y con eso peleaban aquellos héroes contra las tropas veteranas armadas de rémington! ¿Qué podían significar aquellos triunfos?

El 13 de Septiembre se incorporaron á la guerrilla de Guasca los Generales Alejandro Posada y Heliodoro Ruiz, procedentes del "Mochuelo." El 15 se reunió en Sopó una Junta de Guerra, ante la cual hizo presente MANUEL que estando allí el Comandante general de la 1.^a División de Cundinamarca, cargo para el cual estaba nombrado de antemano el General Posada, él cesaba en el mando que había ejercido hasta entonces en virtud de las circunstancias, é iba á deponerlo en quien con tanto tino había sido elegido para

el mando del Ejército regenerador de Cundinamarca ; y diciendo así puso en manos del General Posada la espada que llevaba ceñida y que simbolizaba la autoridad militar que había ejercido provisionalmente.

El General Posada contestó á MANUEL, en términos muy satisfactorios, que conservara su espada y su puesto, una vez que sus servicios y la estimación que se había granjeado entre todos los ciudadanos armados para reivindicar la honra y la autonomía del Estado lo hacían digno de seguir mandando la valerosa 1.ª División, que á sus órdenes había conquistado tanta gloria en tan pocos días.

En la mañana del 16 de Septiembre formaba la 1.ª División en Sopó, y reconocía al General BRICEÑO como su Jefe, al General Heliodoro Ruiz como Jefe de Estado Mayor general del Ejército de Cundinamarca, y al General Alejandro Posada como Jefe Civil y Militar del Estado.

El 22 de los mismos partió de Guasca el Jefe Civil y Militar con una columna de 400 hombres de la 1.ª División al mando inmediato de MANUEL. Al amanecer del 24 hizo alto á la entrada del pueblo de Guateque, en donde estaba fortificada una fuerza enemiga de 500 hombres, la que huyó á la aproximación de la columna de Guasca, y en cuya persecución siguió ésta hasta Garagoa. Gran parte de aquella fuerza se dispersó, y pocos fueron los que de ella llegaron á Tunja, dejando

así el Departamento de Oriente de Boyacá en poder de la revolución. Tanto MANUEL como las fuerzas de su mando fueron en todas aquellas poblaciones objeto de una verdadera y continuada ovación, á la que todos supieron corresponder, llevando á todas partes la confianza, la seguridad y el respiro que aquellos pueblos necesitaban.

A las nueve de la noche del 4 de Octubre acampaba esta columna al norte de Chiquinquirá, punto á donde se dirigía el resto de la fuerza que había quedado en Guasca, con el fin de rendir á los 300 hombres del Gobierno que había allí atrincherados en el edificio del Colegio, que es una verdadera fortificación. Se mandó intimar á los sitiados que tenían cuatro horas de tregua para rendirse, y se principiaron con este motivo las conferencias. A las seis de la tarde del 5 ocupaban nuestros valientes la fortaleza enemiga, y de ella salían con los honores de la guerra los que sin defenderse habían capitulado.

El 7 se tuvo noticia de que el General Camargo conducía 200 hombres por el camino de Ubaté á Chiquinquirá; que sobre este punto marchaba por Saboyá una columna procedente de Santander, y por el camino de Samacá la guarnición de Tunja. Cortados de esta suerte todos los caminos, era imposible pensar en resistir á aquella triple masa de fuerzas. ¿Qué hacer? La serenidad de MANUEL, por una parte, y por otra el conocimiento práctico que del terreno tenían algunos

de los suyos, y sobre todo y más que todo, la buena voluntad y hasta el placer con que todos se sometían á las órdenes superiores, lograron conjurar el peligro grave é inminente en que se hallaban las huestes conservadoras de ser sorprendidas, si no por todas las fuerzas enemigas, á lo menos por cualquiera de aquellas columnas, superior en número á la nuestra.

A las ocho de la noche púsose ésta en marcha hacia Ráquira; de aquí, por el Desierto de la Candelaria, á Samacá, á donde llegó en la mañana del 9, y en la tarde del mismo día salió en dirección á Ventaquemada, campamento ocupado ya por el General Camargo. Ordenóse entonces un movimiento rápido de flanco, é internándose la guerrilla en el páramo de Gachaneca, llegó á Lenguasaque en la tarde del 10, y acampó en Cucunubá á las once de la noche. El 11 ocupó á Suesca, y el 12 en la tarde entró á Sopó con 300 hombres de refuerzo, algunos fusiles más y sin pérdida de un solo soldado. ¡Privilegio envidiable y bien merecido el de las armas de la justicia y del derecho! ¡Cómo habrían podido conseguir otro tanto de sus tropas, perfectamente armadas, vestidas y pagadas, los Jefes del Gobierno?

El 29 de Octubre abrió el General Camargo nuevas operaciones sobre las fuerzas regeneradoras de Guasca, con 2,400 hombres de infantería, 600 jinetes y 2 piezas de artillería. Del "Puente del Común" tomó el camino de Gachancipá

sobre Guatavita, y aquel mismo día acampó en esta última población.

Las tropas de Guasca intentaron entonces un movimiento sobre Bogotá en combinación con las del "Mochuelo," que no pudo verificarse por inconvenientes insuperables, debiendo regresar cada uno de los dos grupos á su respectivo acantonamiento.

El 2 de Noviembre ocupó Camargo á Guasca, y la 1.ª División de Cundinamarca, al mando de MANUEL, se situaba en la posición de "El-Chochal." El mismo día se movieron las fuerzas del Gobierno sobre Siecha; el 3 avanzaron sobre Portobelo y á las doce estuvieron frente á nuestras posiciones.

El resultado de este combate, desigual bajo todos conceptos, no podía ocultarse á los Jefes de la Regeneración. El número de las fuerzas, la calidad del armamento, de una y otra parte, eran bastantes para hacer temer un desastre. Sin embargo, era preciso aceptar la lucha, una vez que ya se había contestado negativamente por el General Posada á la propuesta que el General Camargo hizo por medio de un comisionado, de completo sometimiento por parte de los guerrilleros.

No nos detendremos á pormenorizar los prodigios de valor ni los sacrificios inútiles que se consumaron en aquella jornada desastrosa para las armas regeneradoras, la que ejerció notable

influencia en la suerte de la revolución. Como muy bien lo dice MANUEL, el patriotismo, la lealtad, el desinterés, la subordinación y el valor de los Jefes, oficiales y soldados no son los únicos elementos que se necesitan para ganar batallas: faltaba allí el número y faltaban las armas. En la organización de los diferentes cuerpos se notaba además un defecto difícil de corregir, es verdad, pero perjudicialísimo: el reparto de las municiones á los cuerpos, cuyo armamento era una especie de muestrario, implicaba multitud de dificultades; y hé aquí por qué era de suponerse un revés como resultado de aquel encuentro.

Creeráse acaso por alguno que después del espantoso desastre de "El-Chochal" el ánimo de los Jefes desfalleciese ó se quebrantase á la vista del estrago que el fuego enemigo había hecho en las filas de los valerosos soldados. Como el Libertador, después de Casacoima cuando le preguntó alguien qué pensaba hacer, MANUEL respondió tranquilo y sereno: TRIUNFAR! Allí mismo, sobre aquel campo de muerte, cerrando ya la noche, á cuya benéfica sombra se ponía en salvo la parte útil de nuestro ejército, allí mismo escribió MANUEL á su familia dándole cuenta de la desgracia, pero diciéndole al propio tiempo que aquél no era más que el comienzo de la era de los sacrificios; que nada era más fácil que reparar el daño sufrido; que Dios no puede mirar indiferente la suerte de los que luchan hasta el

último trance por Él, por la Patria y por la Libertad, y que después del trabajo vendrá la recompensa. . . .

Parece que MANUEL hubiera adivinado desde aquellos días los sucesos que después de diez años habían de verificarse en Colombia, en los cuales la Providencia le ha colocado á él, como á muchos de sus compañeros, en posición importante.

Pero sigamos al Jefe de la 1.ª División de Cundinamarca, que va, como siempre, muy de prisa, y veamos cómo se sobrepuso y cómo creyó reparar en parte el estrago de “El-Chochal.”

VII

Días después de consumado aquel hecho de armas, se hacía necesario reunir las fuerzas diseminadas, reorganizarlas, restablecer la energía en todos los ánimos y mantener en todos los corazones el fuego del entusiasmo y la esperanza de la victoria. Para lograr este fin se necesitaba una completa y constante serenidad de espíritu y audacia suficiente para aprovechar el primer lance que se presentase para vencer ó para sucumbir del todo.

Ramón L. Acosta, el intrépido campeón de "La-Calleja," tan sereno ante la desgracia como en presencia del peligro, fué el llamado á dar nueva vida á aquella tropa por medio de una operación audaz que restableció la fe, el entusiasmo y la disciplina. El 8 de Noviembre se dirigió sobre Zipaquirá, á la cabeza de unos 60 lanceros, asaltó en la noche las brigadas del Gobierno, hizo prisioneros á los que las custodiaban y regresó á Sopó con ochenta buenos caballos y algunas armas.

MANUEL no se había equivocado: aunque en pequeña parte, estaba reparado el desastre de

“El-Chochal,” porque la energía y la actividad con que en aquellos días obró el Comité nacional cambió rápidamente la situación de nuestras fuerzas, y contribuyó poderosamente á levantar el buen espíritu militar con el envío de armas, pólvora, plomo, vestuarios y dinero, y el 15 de Noviembre había en el campamento de Guasca 700 hombres listos para emprender nuevas operaciones.

El General Alejo Morales se había estacionado en el “Puente del Común ” con una fuerza considerable. El General Posada, Jefe Civil y Militar del Estado, á cuyas órdenes obraban ya todas las de Cundinamarca, determinó dar un asalto á las de Morales.

El 17 se movieron de Guasca 400 infantes y 200 jinetes en dirección al campamento enemigo, y el 18 subieron al páramo de “La-Tabla.” Morales ocupaba las casas de la venta, en cuyos potreros pastaba su numerosa brigada, y las de “La-Providencia.” Dióse orden para que la caballería entrase al potrero del Puente, recogiese las bestias y marchase con ellas por el camino de Sopó, en el cual encontraría el apoyo de la infantería, que debía situarse en la serranía.

El 19 en la tarde fué ocupada la línea convenida, y todo estaba listo cuando de súbito se oye un disparo de fusil escapado á un individuo de la fuerza. Este contratiempo advirtió, como era de esperarse, al enemigo, de la presencia de

nuestras fuerzas. A pesar de todo, la caballería, en cumplimiento de las órdenes recibidas, bajó al camino, entró al potrero, recogió la brigada, hizo algunos prisioneros y tomó el camino de Sopó, bajo un fuego nutrido de fusilería, procedente de la casa fortificada del Puente. Nuestra infantería cargó valerosamente sobre aquella fortificación, pero en vez de encontrarse con 400 hombres se enfrentó con un número mucho mayor, y fué preciso retroceder porque las municiones estaban agotadas: en la retirada se extraviaron algunos de los nuestros y quedaron prisioneros.

No puede decirse que el asalto y combate del "Puente del Común" fuera un triunfo, pero tampoco fué un descalabro. Las bajas de ambas fuerzas pueden equipararse, y la operación no había sido del todo inútil, puesto que el enemigo perdió un número considerable de caballerías.

La 1.^a División había perdido en éste y en los anteriores combates muchos oficiales y soldados de primera talla, valientes, sufridos y pundonorosos, lo que para su heroico Jefe era en extremo sensible, sobre todo si pensaba en la dura suerte que correrían aquellos leales compañeros suyos en poder de sus encarnizados enemigos, pues los prisioneros hechos por el General Morales en esta última jornada fueron conducidos amarrados á Zipaquirá, y de esta ciudad á Bogotá, en donde se les encerró en larga y dura prisión.

El Comité nacional había propuesto al Jefe de

las operaciones la concentración de las fuerzas de Cundinamarca y su marcha rápida hacia el Tolima. Después de la batalla de "Garrapata," insistió en su proposición, y por ausencia del citado Jefe tuvo MANUEL que contestar al Comité la nota que se le dirigió con tal objeto, y lo hizo de acuerdo con la opinión de aquél. Ninguno de los dos creía que fuera conveniente verificar el movimiento al Tolima, y menos aún cuando en el campamento se tenía noticia de estarse á la sazón celebrando arreglos entre los Generales Vélez y Acosta.

MANUEL era de concepto, y á fe que bien fundado, que las fuerzas de Cundinamarca debían moverse hacia Boyacá y Santander, más bien que hacia el Tolima; porque en este Estado podían encontrar á su llegada, no ya preliminares sino tratados de paz ya perfeccionados; y este ejército, que nunca pensó en ahorrar el sacrificio de su sangre para asegurar el triunfo del Derecho y de la Libertad, habría perdido por lo menos un tiempo precioso, porque en ningún caso habría consentido en desarmarse ante un enemigo que no tenía de su parte ni la razón, ni la justicia, ni la opinión. Por otra parte, en los Estados de Boyacá y Santander se habían organizado ó estaban organizándose nuevas fuerzas regeneradoras á las órdenes de Jefes experimentados y prestigiosos como Valderrama en Boyacá, y Canal y Quintero Calderón en Santander, los cuales

inspiraban absoluta confianza á los buenos ciudadanos.

El 3 de Diciembre, en una Junta numerosa reunida en Yomasa, y compuesta de los Jefes de las tropas del Sur y del Norte del Estado, se resolvió definitivamente la marcha del Ejército al Norte, dejando una parte de las fuerzas en su respectivo acantonamiento, con el objeto de llamar la atención del Gobierno sobre esos puntos.

Reunidos los totales efectivos de la situación de ambos grupos de tropas, el del Sur y el del Norte, arrojaron la suma de 1,407 infantes y 412 jinetes, por todo 1,819 hombres, de los cuales quedaron en Cundinamarca 79 oficiales y 372 individuos de tropa de ambas armas.

Las probabilidades de buen éxito que ofrecía aquel movimiento reanimó el espíritu patriótico de nuestros soldados, y la marcha se verificó en perfecto orden y en medio del alborozo que producía el entusiasmo. Muchos de aquellos Jefes, oficiales y soldados, hombres todos de trabajo, dejaban en Bogotá y en los pueblos vecinos á sus familias pobres, sin recursos de ningún género y expuestas no solamente á la miseria sino á los ultrajes de los agentes de un Gobierno cruel y vengativo. MANUEL era uno de ellos, y en verdad que los serios temores que sobre esto le asaltaron á él muchas veces, no fueron parte á disuadirlo de seguir la marcha del Ejército. Dicho se está que para MANUEL la Patria ocupaba el

primer lugar en su corazón, y que á cambio de verla próspera y feliz sacrificaría no sólo su propia existencia sino la de los suyos. Y es preciso decirlo: como MANUEL pensaba la mayor parte, mejor dicho, la totalidad de aquel puñado de ciudadanos que formó la patriótica resolución de sacrificarlo todo al triunfo de su bandera.

El 18 de Diciembre de 1876 se movió de Guasca la fuerza regeneradora, y el 30 del mismo había recorrido la parte norte de Cundinamarca y el Estado de Boyacá, sin tropiezo alguno, y aumentado su número, puesto que en el pueblo de Mogotes ya contaba un efectivo de 2,552 hombres, animados del más vivo entusiasmo, aunque mal armados y municionados y pobremente vestidos.

Reunidos en Mogotes los principales Jefes del Ejército, fué nombrado el General Antonio Valderrama General en Jefe, en atención á sus méritos y virtudes, al justo y merecido prestigio de que goza en el Norte, y al conocimiento práctico del terreno sobre el cual había de obrar con sus tropas, y que tan indispensable es al que dirige las operaciones de la guerra. Hecho este acertado nombramiento, MANUEL quedó desde luego encargado de las funciones de Jefe de Estado Mayor general, para cuyo desempeño, dice él mismo, no tenía las necesarias aptitudes. Aceptólo, sin embargo, porque así lo quisieron sus compañeros, y porque es claro que quien está dispuesto á sacrificar su vida por una idea, bien podía hacer

también el sacrificio de su propia voluntad en obsequio de la causa común. MANUEL hubiera querido ocupar el último lugar en las filas de aquel ejército de valientes; para él habría sido un grande honor descender del alto puesto á que lo había elevado el afecto de sus conciudadanos más bien que sus méritos, con tal de pertenecer, como en efecto pertenecía en cuerpo y alma, á aquella legión de patriotas; pero las raras condiciones que se le reconocían para el desempeño de aquel delicadísimo encargo, y el empeño que tenía en superar toda dificultad que pudiera presentarse y de alejar todo peligro de anarquía en el Ejército, lo obligaron á someterse á la voluntad general, renunciando á la suya propia. Sometióse, pues, y prestó en el importante puesto que se le señalaba, los servicios y aceptó los sacrificios que le imponía el triunfo de su causa.

El 1.º de Enero de 1877, en San-Gil, y en medio de la alegría de una población entusiasta y amiga, fueron reconocidos el General Antonio Valderrama como General en Jefe de las fuerzas unidas de Cundinamarca, Boyacá y Santander, y el General MANUEL BRICEÑO como Jefe de Estado Mayor general de las mismas. Pocos días después se encargaba el General Alejandro Posada del Poder Ejecutivo nacional en Piedecuesta.

Omitimos la relación pormenorizada de los movimientos ejecutados por aquel Ejército hasta cuando logró situarse en las posiciones de “La-

Don—Juana,” después de haber ocupado á Cúcuta, en donde, como en casi todas las poblaciones de Boyacá y Santander, fué objeto de las más vivas demostraciones de júbilo, y pudo proporcionarse algunos recursos de dinero, armas, municiones y vestidos, por virtud de la confianza y aprecio que inspiraban sus soldados y de la fe que se tenía en sus Jefes. Tampoco es nuestro ánimo detenernos á juzgar de la oportunidad ó conveniencia de esos movimientos, ni somos competentes para emitir opinión sobre las operaciones que se verificaron en aquella campaña emprendida bajo tan buenos auspicios y con la mejor voluntad de parte de todos y de cada uno de aquellos valientes y sufridos ciudadanos, y que por disposición providencial fué tan desgraciada; y menos conveniente nos parece señalar en este lugar los hechos de armas favorables ó adversos á la causa de la Libertad en la Justicia, porque ellos son bien conocidos y están ya justamente apreciados por los amigos de MANUEL, que serán los que con placer mezclado de tristeza lean estas páginas. Por lo demás esos hechos han pasado ya al dominio de la historia, y á ella corresponde darles el valor y la importancia que merecen.

Los tres grandes cuerpos en que se había dividido el Ejército enemigo, aguerridos, bien armados y que marchaban en pos de nuestras tropas, á las ordenes de los Generales Sergio Camargo, Solón Wilches y Alejo Morales, llegaban tam-

bién al sitio de “La-Don-Juana,” teatro en donde había de librarse la batalla.

En nuestro campamento reinaba al amanecer del 27 de Enero el más vivo entusiasmo ; la confianza y la fe se veían pintadas en todos los semblantes, y nadie había allí que no estuviese resuelto á luchar hasta el último trance con un enemigo superior en número.

Librose al fin la batalla, en la cual, como en todas partes, se hicieron prodigios de valor por parte de los nuéstros ; prodigios que por desgracia no dieron otro resultado que la pérdida de muchas vidas preciosas y el desaliento y la confusión en los espíritus poco habituados á este género de contratiempos.

“Envuelto entre las fuerzas enemigas, dice MANUEL en su diario histórico de aquellos sucesos, busqué asilo en una quebrada, y de allí salí, ya entrada la noche, para seguir el movimiento del Ejército. A lo lejos se oían los gritos de contento de las fuerzas liberales que habían acampado en las casas de “La-Don-Juana,” y llenaban aquel vasto campo los lamentos de los heridos abandonados y los aullidos de los perros que devoraban ya los cadáveres aún palpitantes. Acompañado del Sargento Mayor Mariano To-var, recorrimos aquel campo de muerte, y reunidos á algunos dispersos, pasamos por cerca del enemigo y seguimos el camino de Cúcuta. Eran tales el abandono y el desorden que reinaban

entre los vencedores, que habrían bastado cien hombres para cambiar en aquella misma noche la embriaguez del triunfo por el horror de la derrota. Inútil fué buscar esa fuerza: del campamento á Cúcuta no se encontraban sino algunos heridos y unos pocos soldados agobiados por la fatiga. Después de un triunfo es cuando más expuesto está el vencedor, si los que sufren el rechazo pueden reorganizarse para volver sobre él."

En la mañana del 28 se incorporó en Cúcuta el Jefe del Estado Mayor general, á tiempo que se pensaba y aun se habían dado las órdenes necesarias para volver al encuentro del enemigo. La opinión bien fundada de MANUEL respecto de tal operación hizo que se desistiera de ella.

.....

En Mutiscua, de regreso ya en dirección á Cundinamarca, esperaba á aquel puñado de bravos ciudadanos el golpe postrero de la desgracia, del cual pocos escaparon. Dos oficiales y unos pocos soldados que con MANUEL sostenían el fuego en la población pudieron salir y ocultarse en el lecho de una quebrada, á la salida de Mutiscua.

Allí, en aquel otro campo de muerte, rindió su vida al enemigo y su nombre sin tacha á la imparcialidad de la historia y al respeto de la posteridad el Coronel SEBASTIÁN OSPINA, el valiente entre los valientes guerreros, el modelo de los buenos ciudadanos y el patriota cuyo puesto en

las filas del Derecho y de la Justicia será muy difícil de llenar.

MANUEL, el alma de aquel Ejército incomparable por su denuedo y por su abnegación, quedó al fin totalmente reducido á seguir en busca de nuevos peligros por sobre los páramos inaccesibles de Santander para llegar á Guasca, en donde estaba seguro de encontrar amigos y soldados de la Regeneración. Y así fué en efecto.

En uno de aquellos tristes y angustiosos días en que los pocos ciudadanos que estábamos allí nos ocupábamos en asuntos urgentes del servicio; días en los que, á pesar de las infaustas nuevas que diariamente recibíamos de los amigos ya en completa dispersión, y en los que, como si alguien nos hubiera anunciado la próxima llegada de nuestro Jefe natural, reuníamos nuevos elementos de resistencia y acariciábamos nuevas esperanzas de triunfo; en uno de esos días, decimos, en los que el temor y la esperanza luchaban en nuestro corazón, se sintió un movimiento extraordinario en nuestro campamento de Guasca. Oíase á lo lejos la detonación de los cohetes, nuncio de alegría, y algunos gritos confusos de alborozo, á la vez que los vecinos del lugar se precipitaban fuera de sus casas para averiguar la causa de aquellos ruidos tan raros ya en esos sitios.

De repente un gran gentío invade la oficina de nuestro Cuartel general. A los gritos de “¡Viva

el General Briceño! ; Viva el Restaurador del Ejército! ; Viva la Regeneración!" tuvimos la satisfacción de saludar con un estrecho abrazo á aquel poderoso atleta que venía después de innúmeros trabajos y penalidades, á comunicar á nuestros corazones el fuego que en el suyo no habían podido apagar los reveses sufridos ni el dolor que le causaba la pérdida de tantas vidas, de tantos patrióticos esfuerzos, de tantos sacrificios!

Presentóse MANUEL con la frente levantada como si el ángel de la victoria acabase de ceñir sus sienes; en sus ojos brillaba la luz de nuevas esperanzas y en sus facciones alteradas por la intemperie y por los padecimientos consiguientes á una marcha llena de peligros, de privaciones y de penalidades de todo género, se reflejaba el espíritu inmortal, el alma cristiana y creyente que domina á la materia débil y enfermiza, el pensamiento creador que abarca los extensos horizontes... Al penetrar en la oficina, descubrió su cabeza y dijo más ó menos: "Amigos, vengo á quemar con ustedes el último cartucho! Si en esos corazones arde todavía la llama del amor patrio; si los desastres del Ejército regenerador en Santander no han sido bastantes á entibiar el entusiasmo por la causa de la Libertad y del Derecho; si hay resignación, si hay valor moral, si hay firmeza en el ánimo, vamos á hacer el último esfuerzo! ; Viva la Regeneración!"

Un *hurrah!* estrepitoso fué la respuesta elo-

cuentísima que recibió MANUEL de sus amigos. La revolución no estaba aún vencida, todo no estaba todavía perdido, era preciso obrar, y obrar con actividad y energía.

Por algunas horas dió MANUEL descanso á su fatigado cuerpo, y al amanecer del siguiente día volvió á su interrumpida tarea. Convocó una Junta compuesta de los Jefes y oficiales presentes en el Cuartel general; pidió los informes que necesitaba para dar principio á sus trabajos de reorganización; tomó conocimiento pleno de los últimos sucesos verificados en el interior, en el Tolima, Antioquia y Cauca, y sabiendo que en estos Estados existían aún en buen pie las tropas regeneradoras, á las cuales se podía prestar importante apoyo, distrayendo la atención del Gobierno hacia el Norte, procedió sin dilación á reorganizar las fuerzas que por allí había, y asumió el mando en jefe de ellas, al mismo tiempo que se encargaba del poder civil de Cundinamarca.

Dirigióse desde luego al Comité nacional para avisarle oficialmente su llegada á Guasca y comunicarle su resolución de volver á la carga contra los enemigos de la República; púsose en comunicación con el General Carlos M. Urdaneta, cuyo campamento demoraba al sur de la ciudad, y cuyas armas habían escarmentado más de una vez al enemigo; proclamó á sus tropas y levantó por último el entusiasmo de los pueblos para

hacer con ellos el último esfuerzo en beneficio de la Patria.

Grandes dificultades se presentaban á MANUEL para hacer de aquella masa informe de soldados que encontró á su llegada á Guasca una columna que pudiera servir de base para las operaciones. Mas no se crea por esto que los Jefes á cuyas órdenes estaba aquella pequeña fuerza hubieran descuidado el cumplimiento de su deber, no! Muy al contrario. Inmensos sacrificios se habían hecho por esos Jefes leales y patriotas como los que más para conservar ese núcleo de fuerza y para proveerlo de armas y de los otros elementos necesarios. El Comité nacional, las señoras de Bogotá y los desertores del Ejército del Gobierno, que vendían los fusiles á su paso por el campamento, contribuyeron poderosamente á mejorar la situación de la tropa; pero las noticias recibidas últimamente de nuestros amigos del Norte, y la llegada misma de MANUEL al campamento, eran para las gentes de aquellas comarcas, en su mayor parte labriegos entusiastas, motivos más que suficientes para temer nuevos desastres y para abatir los ánimos. Se necesitaba, pues, una voluntad poderosa, una voz autorizada ya por la desgracia, un genio incansable y una actividad prodigiosa como la de MANUEL, para emprender de nuevo, con el mismo ardor patriótico, la obra interrumpida por una serie de acontecimientos de que la historia se ocupará más tarde.

Todo lo puso en juego MANUEL, y en pocos días marchó de Guasca en dirección á Fómez, en donde estaba fortificada una fuerza enemiga, á cuyo Jefe intimó la rendición de las armas, so pena de tomar á sangre y fuego la ciudad. El enemigo evacuó la plaza en dirección á la capital; y como las tropas regeneradoras de allende el Magdalena inspiraban serios temores al Gobierno, éste abandonaba á los guerrilleros de Guasca todo el Oriente y todo el Norte de Cundinamarca, á los “Mochuelos” una parte del Sur y á los patriotas de la Palma una parte del Occidente del mismo Estado. La organización, pues, podía hacerse fácilmente, y pronto se hubiera elevado aquella fuerza al pie de un segundo Ejército si no hubiese llegado al campamento la infausta nueva de los tratados de paz que, contra toda humana previsión, habían celebrado el 5 de Abril el Gobierno y el Ejército de Antioquia con el General Julián Trujillo.

Entonces era ya inútil todo esfuerzo de nuestra parte. MANUEL lo comprendió así y disolvió su fuerza para venir á Bogotá á ensayar otros medios de continuar su patriótica labor. Las armas fueron entregadas de acuerdo con el Jefe de los “Mochuelos,” y el día 17 de Mayo de 1877 llegó MANUEL á la capital con algunos de sus compañeros de armas, vistiendo su uniforme de campaña, ceñida la espada que con tanto denuedo había servido de guía á sus soldados, y trayendo

sobre sus sienes, si no la corona del triunfo, sí la del valor y la constancia.

Durante muchos días la casa del hijo, del esposo, del padre y del hermano cariñoso se vió convertida en una especie de altar en donde se quemaba el incienso de la gratitud y del acendrado cariño en aras de las virtudes domésticas; y al mismo tiempo la amistad, el patriotismo, la firmeza de las convicciones y el ardor del entusiasmo mantenían á MANUEL rodeado día y noche de personas de todas las clases y de todas las condiciones sociales que se apresuraban á buscar la persuasión consoladora de que aquél en quien habían tenido fijos sus ojos al través de los peligros de la campaña, volvía sano y salvo á su hogar y á los brazos de sus amigos, á reparar sus fuerzas para recomenzar la lucha, no ya armada como la que acababa de hundirse entre las sombras del pasado, sino la de las ideas, la de la inteligencia bien dirigida y la de la honradez política contra el espíritu de partido, la mentira y la mala fe de los enemigos jurados del sosiego público.

De suponerse era que aquella constitución, al parecer débil y enfermiza, necesitase largos días de continuado reposo para volver después al activo ejercicio de sus funciones, y que aquel espíritu, dominado constantemente por mil pensamientos de diferente naturaleza, exigiese también una tregua á tan prolongada fatiga. Mas sea de ello lo que fuere, es lo cierto que MANUEL

no pudo sujetar su cuerpo á la quietud ni su espíritu á la espantosa tortura de la inacción.

Fué su primer empeño el de dar á luz una aunque fuera pálida idea de todos los sucesos que acababan de consumarse en el país y de los que á éstos dieron origen, para lo cual tenía necesidad de traer á la vista y á la memoria los antecedentes, la marcha y la vida activa de los partidos desde 1861, la historia fiel de cada uno de ellos, de sus aspiraciones, de su política, de los medios de que cada cual se había servido para sobreponerse al otro y de la manera como uno de ellos obligó á su noble adversario á ocurrir al único de sus derechos que le quedaba á salvo, el de la rebelión; pero el de la rebelión justa y reclamada por las necesidades del país y por la conciencia pública, para devolver á Colombia la paz y la tranquilidad que ambicionaba. A este fin acopió cuantos documentos le eran indispensables para dar á su narración el carácter de seriedad y de exactitud que había menester para que fuese leída con interés como lo ha sido en efecto.

Inspirado por una noble idea, y obedeciendo á un espíritu recto y severo hasta para consigo mismo, emprendió la obra en la cual ha dejado consignadas multitud de interesantes apuntes que los historiadores imparciales aprovecharán á su debido tiempo para ilustrar el cuadro de la vida de Colombia. Y no contento con esta labor que por sí sola demandaba consagración

absoluta de tiempo, propúsose hacer un estudio formal de la ciencia de la Guerra para poder apreciar en su justo valor los errores cometidos en la última campaña. Su obra, pues, no debe considerarse solamente como un trabajo histórico sino también científico.

Pero como para MANUEL es la imprenta un poderoso elemento de civilización y un medio eficaz de dar impulso y ensanche al mundo de la idea y de la doctrina, no pudo resistir á la necesidad que sentía de rodearse de tipos, y á costa de grandes sacrificios logró proveerse de una tipografía en la cual, á tiempo que imprimía económicamente sus trabajos históricos, iniciaba la publicación de otros de diverso género que el país conoce y aprecia en lo que valen.

El primer periódico que salió de las prensas de MANUEL fué *El Mochuelo*, destinado, como si dijéramos, á mantener vivo entre los vencidos en la lucha armada el recuerdo de sus glorias y de sus desastres, y que habría logrado calmar al fin la violencia de las pasiones de partido entre las gentes de tolerancia y de buen gusto, si la intransigencia de algunos de los vencedores no hubiera puesto término á su publicación con un hecho escandaloso é inaudito que no referiremos aquí, en primer lugar porque es bien conocido de todos, y su recuerdo será imperecedero, y en segundo lugar porque desde el momento en que emprendimos este trabajo biográfico nos propu-

simos guardar la posible circunspección para no herir susceptibilidades ni provocar polémicas personales. Inútil es decir que MANUEL fué asiduo en la colaboración de *El Mochuelo*, y que por consiguiente, ya que la Providencia lo libró á él y á sus compañeros de la muerte, no pudieron escapar á la inicua prisión á que se les condenó con una injusticia tal, que, estamos seguros, de ella se arrepentirán todos los días los responsables.

El Bien Social fué uno de los periódicos de oposición más valientes que en los últimos años se han publicado en Bogotá, y que fundó MANUEL para que fuese el órgano genuino de las opiniones conservadoras y el vínculo de unión y de fraternidad entre los defensores de la Libertad en la Justicia. Gozó este periódico de grandes simpatías por la energía y la independencia con que su redactor sostuvo en él los principios y doctrinas de su comunión política, consignadas en el número 1.º que se publicó el 14 de Junio de 1879. Con mejor conocimiento de los hombres y de las cosas, MANUEL escribió en esa hoja muchos artículos que honrarían la firma de cualquiera de nuestros más profundos políticos y de los más notables estadistas modernos.

Cuando en Mayo de 1881 se hallaba el partido conservador convenientemente organizado y una sola era la aspiración de todos los hombres de buena voluntad, fué preciso crear un órgano

especial de publicidad para sus actos oficiales y para la propagación de sus doctrinas; y el Directorio resolvió fundar un periódico con tal objeto. *El Bien Social* contaba ya dos años de próspera existencia, y MANUEL, como para poner el sello al contingente con que había contribuido á la obra de organización, creyóse en el deber de dejar el campo que con tanto esmero y abnegación había cultivado, á manos más expertas y á inteligencias superiores. Cedió, pues, ese campo á *El Conservador*, á cuyo frente estaba impreso el nombre del eximio patriota señor D. Sergio Arboleda.

Perdónesenos la inserción en estas páginas de las palabras con que MANUEL pone fin á su tarea en *El Bien Social* para pasar á ocupar un puesto secundario en la redacción de *El Conservador*:

“*El Bien Social* se suspende con este número, dice, para ceder su puesto al órgano oficial del Directorio conservador. En su redacción no hemos tenido otra mira que el bien de nuestra Patria, y creemos haber sostenido con honra las doctrinas y la gloriosa bandera de nuestro partido. Hombres más competentes é inteligencias más adiestradas en las luchas de la prensa, toman hoy á su cargo la tarea que con tan escasas aptitudes nos impusimos.

“Grata satisfacción nos causa que venga á reemplazarnos un periódico que será el órgano autorizado de nuestra comunión política, y verdadero placer experimentamos al ceder el puesto

á quienes podrán servir mejor la causa de la libertad en la justicia, síntesis de nuestras generosas doctrinas, bandera del porvenir y única esperanza del presente para nuestra desgraciada Patria.

“La vida de *El Bien Social* estaba asegurada; pero el interés de la causa conservadora exigía allanar las dificultades con que tropezaba el Directorio para la publicación de un periódico que le sirviera de órgano oficial, y que se presentara ajeno á todo compromiso por las opiniones que hubieran sostenido los redactores de los periódicos que existían, y para allanar estas dificultades, le hemos cedido la empresa para que pueda servir de base al objeto que se propone.

“No repudiaremos en ningún tiempo la responsabilidad que puedan aparejarnos las opiniones que hemos sostenido, y menos aún la responsabilidad personal de todos y cada uno de nuestros escritos. Esperamos que nuestros lectores aplaudirán el paso que hemos dado, y que el apoyo que le prestaban á *El Bien Social* continuarán prestándoselo al periódico redactado por el Directorio. Reciban todos nuestro agradecimiento.”

Al mismo tiempo que ejecutaba este acto de desinterés y de abnegación, ya maduraba en su cerebro, especie de molde en donde se vacian las grandes ideas, la de fundar un nuevo periódico destinado á dar el pan del espíritu á las clases

trabajadoras, y apareció *El Amigo del Pueblo*, escrito también con todas las condiciones necesarias para poder llevar á los talleres de nuestros buenos artesanos el conocimiento de todos los deberes, el respeto de todos los derechos, el amor á la fe de nuestros mayores, el espíritu de caridad, de fraternidad y de tolerancia y el amor al trabajo honrado, fuente inagotable de ventura para la Patria y para la familia.

Esto, sin embargo, era muy poca cosa para MANUEL: él ha necesitado siempre estar con la pluma en la mano, sin descansar un solo instante, para dar paso franco al torrente impetuoso de sus ideas, las que, sin la válvula de la prensa, lo habrían agobiado y enloquecido; y al mismo tiempo que daba la última mano al segundo volumen de su *Historia de la Revolución*, el que no ha visto todavía la luz pública por un espíritu de benevolencia y de patriotismo digno de admiración y de elogio, cumplía el compromiso contraído con la Redacción de *El Conservador*, del cual, como ya lo hemos dicho, era el más asiduo colaborador, escribía *El Amigo del Pueblo*, ayudaba eficazmente á Alberto Urdaneta en el *Papel Periódico Ilustrado*, publicación que tanto honra á las letras y á las artes colombianas como á su simpático fundador y á sus numerosos colaboradores; enriquecía el vastísimo campo de los conocimientos militares con nuevas obras originales unas, compendiadas otras, pero todas de

reconocida utilidad en su género; estudiaba cuidadosamente las grandes cuestiones morales y políticas que se discutían á la sazón en los Congresos y en las Asambleas, en la prensa y en las conversaciones privadas; escribía un nuevo método de lectura, que fué presentado en la Exposición nacional de 1881.... Y basta! Y nadie se pregunte cómo ha podido MANUEL hacer á un mismo tiempo tantas y tan diversas cosas, ni cómo, á la cabeza de una dilatada familia, de la que es único apoyo, ha podido también asumir la responsabilidad y corresponder á la confianza cariñosa de todos y de cada uno de los que le aman, y entre todos los cuales tiene él distribuidos sus afectos. Dios, que penetra en el fondo del humano corazón, y que registra y conoce hasta lo más profundo de nuestro pensamiento, es el único que sabe el por qué de los prodigios que se obran en MANUEL. Y si acaso la limitada inteligencia del hombre puede darse la explicación natural de esos prodigios, nada es más lógico que presentarlos como el premio que la Providencia otorga sobre la tierra á los mortales que cumplen fielmente la misión que se les encomendó al llamarlos á la vida. El ejercicio constante de las virtudes domésticas, entre las cuales se cuentan el amor respetuoso y la sumisión del hijo, la ternura del esposo y del padre, el afecto del hermano y el cuidado y vigilancia del jefe de la familia, y la práctica permanente de las virtudes cívicas,

entre las que descuellan el verdadero amor á la Patria, el desinterés llevado hasta la abnegación y el sacrificio, la perseverancia en el cumplimiento del deber y la firmeza incontrastable de las creencias religiosas y de las convicciones políticas, virtudes todas que posee en grado heroico, son otras tantas piedras preciosas que adornan la corona que MANUEL, por propios esfuerzos, ha sabido conquistarse á despecho de todo género de obstáculos, de contrariedades y de engaños. Es preciso, pues, reconocer que la virtud es premiada también en el mundo, y que MANUEL ha merecido ese premio.

En 1880 principió MANUEL su carrera parlamentaria ocupando un sillón en el seno de la Asamblea de Cundinamarca, en cuyo recinto se discutió entonces una ley de gravísima trascendencia moral y social: *la ley de juego*. Inútil es decir que allí se enfrentó valerosamente contra ese vicio, origen de tantos crímenes y de tantas desgracias para la sociedad y para la familia. Sus discursos, llenos de nervio y de vida, y pronunciados por labios que dicen lo que siente el corazón, son dignos de ocupar un lugar distinguido en los anales parlamentarios de Cundinamarca. En 1881 y 1883 ocupó también un asiento en la misma corporación, y siempre se le vió en los bancos de los defensores de la libertad y del derecho, y se le oyó alegar con energía y con entusiasmo en favor de la justicia y del bien

general del Estado. El partido conservador ha tenido desde entonces en él uno de sus más autorizados representantes en la tribuna, y la sociedad en general uno de sus más leales y atrevidos apoderados.

Acercábase la celebración del Centenario del Gran Bolívar, y el Gobierno del Estado de Cundinamarca eligió á MANUEL para que lo representase en la apoteosis que se preparaba en Caracas, patria del héroe. La "Prensa asociada de Colombia" le dió también su voto para que en aquella gran festividad hiciera sus veces, y MANUEL se puso en camino para Venezuela en cumplimiento de su doble elevada misión.

Guzmán Blanco, Presidente de Venezuela y promotor de tan hermosa fiesta, se mostró en ella tan pequeño como grande era el objeto á que estaba consagrada, y olvidando los deberes del Magistrado y del amigo, puesto que amigo era de Colombia y de sus hijos, ó á lo menos así lo dejaba conocer; y haciendo abstracción de toda virtud y de todo mérito extraño, cerró á MANUEL, en mala hora para su nombre, las puertas de la Casa de Gobierno, por motivos cuyo recuerdo sólo constituye una afrenta para aquel gobernante.

Pero si para MANUEL permanecieron cerradas las puertas del palacio de Caracas, en cambio se le abrieron las de todas las casas de la ciudad, en las cuales fué recibido y obsequiado con verdadero afecto y simpatía. ¿Que podía importar á MANUEL

el desaire que por espíritu de venganza quiso inferirle Guzmán Blanco, cuando por sí solo ese desaire constituía ante la escogida sociedad caraqueña un timbre de gloria y un motivo de orgullo para el mensajero cundinamarqués?

MANUEL, como republicano de corazón, como hombre de profundas convicciones políticas, sintió lo que nosotros mismos hemos sentido cuando la suerte nos ha encaminado á Venezuela: una violenta y natural repulsión hacia aquel hombre que, sobre los cadáveres de miles de ciudadanos y sobre las ruinas de su propia patria, se levantó á sí mismo un solio que no merece y á su memoria unos cuantos monumentos que á su muerte rodarán por el suelo, convertidos en pedazos por los mismos que lo ayudaron á levantarlos. ¡Triste y miserable gloria la que tiene por único pedestal la audacia, el orgullo y la vil adulación!

MANUEL no perdió el tiempo en Caracas, como no lo pierde en ninguna parte: observó cuidadosamente todo cuanto merecía su atención, descubrió los secretos de la política ministerial de aquel país digno de mejor suerte; acopió interesantísimos documentos relativos á la vida pública del *ilustre americano*, y su obra titulada *Los Ilustres* pone bien claramente de manifiesto hasta dónde puede llegar el infortunio de un pueblo que, después de haber despedazado en la frente de sus opresores la dura cadena de la esclavitud en la guerra de la Independencia, ha tenido que

doblar el cuello bajo el yugo de un tiranuelo como aquél.

En Colombia causó profunda indignación, como era natural, la conducta observada por Guzmán Blanco, no para con MANUEL, quien apenas era una simple individualidad, sino para con el representante de uno de los Estados y de la "Prensa asociada de Colombia." No sorprendió á nadie tampoco esa conducta del primer Magistrado de Venezuela. Con ella se abatió él hasta confundirse con el polvo de la tierra, y levantó á BRICEÑO muy por encima de su orgullo y de su venganza.

En 1883 y 1884 ocupó una curul en la Cámara de Representantes, y fué entonces cuando, encargado de formular la acusación del Presidente de la República, manifestó mejor que nunca sus grandes dotes oratorias y su clarísima inteligencia al mismo tiempo que su valor moral. Aunque MANUEL se mostró decidido adversario de la política de la Administración ejecutiva desde que ésta se inauguró, y por la prensa le declaró la más terrible oposición, hizo, sin embargo, grandes esfuerzos para que se le redimiera del cargo de acusador, y por dos veces lo renunció ante la Cámara, pero inútilmente. En aquel Congreso se habló mucho de política, y se trató de llenar de contumelia al partido conservador; pero allí estaba quien conoce su historia, sus méritos y sus servicios prestados á la República;

allí estaba MANUEL, á quien si el patriotismo, la honradez política, el valor convencido, la firmeza de ánimo y el desinterés habían llevado un día á los campamentos á combatir al adversario franca y noblemente, nada tiene de raro que en aquella época le viéramos en el seno de la Representación nacional investido del doble carácter de apoderado del pueblo colombiano y de vocero autorizado de su comunión política, combatirlo también franca y lealmente en el campo de las ideas y de los principios. Si allá, en medio del combate, levantó en alto el pendón de la República y de la Libertad en la Justicia, á despecho del fuego y del estrago, aquí lo levantó también altísimo en medio de la lucha encarnizada de las pasiones, y á despecho de la calumnia y del ultraje. Si su espada fué allá el rayo luminoso que guiaba á sus compañeros á la victoria ó á la muerte, su palabra ardiente, hija de la idea y del sentimiento profundo, vino á ser aquí el faro que nos condujera á seguro puerto en el revuelto mar de la política.

VIII

En la guerra presente, en la que los enemigos del sosiego público han regado de lágrimas y de sangre el suelo de la Patria, y en la que, ¡ingratos y desnaturalizados! la han presentado ante el mundo cristiano y civilizado como una horda de caníbales, MANUEL tenía de antemano señalado su puesto en las filas de la Regeneración, bajo las banderas de un gobierno ilustrado y justo que, echando á un lado la política de exclusión, de odio y de intolerancia, ofreció á todos los colombianos, sin distinción de colores políticos, un asiento en el banquete de la República, al cual nos estaba vedado acercarnos desde hacía veinticuatro años! Los intolerantes, los exclusivistas, los irreconciliables enemigos de la paz y de la libertad en el orden, prefirieron apartarse de ese banquete antes que tomar en él el asiento que se les ofrecía. Y su odio fué creciendo día por día, y pretendieron ser dueños del país y dominarlo todo de grado ó por la fuerza, y se declararon enemigos también de la Patria y de la sociedad, y empuñaron las armas y se dieron en mala hora á la ingrata tarea de arruinar á Colombia; pero

hallaron al fin que ellos no eran el país, que sus pretensiones eran solamente un delirio y que Colombia se levantaba toda como un solo hombre para cerrarles el paso. Hé aquí el origen de esta infanda guerra, en la que providencialmente ha tocado al partido conservador, á los parias de otro tiempo, mostrar una vez más la pureza de sus intenciones y la bonradez de sus principios. Necesitó el Gobierno su apoyo y se lo ha prestado y se lo continuará prestando noble, patriótica é incondicionalmente.

El ciudadano General Leonardo Canal, tan conocido en el país por sus opiniones y por sus ideas, por sus talentos y por su excesiva modestia, y que ha figurado antes de ahora entre los hombres más notables de la República, aceptó del Poder Ejecutivo el nombramiento que en él hizo de General en Jefe del Ejército de Reserva, que debía componerse en su totalidad de ciudadanos conservadores, y MANUEL fué llamado á su vez á prestar sus servicios en este Ejército como Jefe de Estado Mayor general. Consagróse desde luégo en cuerpo y en espíritu á la tarea laboriosa de organizar esas legiones numerosas de voluntarios que llegaban de todas partes á la capital.

No había aún coronado su obra, cuando la 1.^a División de ese Ejército fué destinada á la campaña del Tolima; y como MANUEL quería hacer todavía más eficaces sus servicios en campaña, pidió y le fué concedido que marchara como Jefe

de Estado Mayor de aquella División, á las órdenes del General Casabianca, dejando su puesto al ciudadano General Heliodoro Ruiz, en quien son justamente reconocidas y apreciadas las dotes que para tal destino se necesitan.

Terminada la campaña del Tolima, y debiendo esa misma División marchar hacia Antioquia, MANUEL no quiso volver atrás, y siguió la marcha como Jefe de Estado Mayor del Ejército de operaciones, que iba mandado por el ciudadano General Juan N. Mateus, émulo de MANUEL, y con quien éste tenía de tiempo atrás algún motivo de resentimiento. ¿Quién no admira en este hecho, en sí mismo sencillo, el carácter benévolo y conciliador de MANUEL? Siguió el Ejército para Antioquia, por la vía del Fresno, y á su llegada á Sonsón pudo apreciarse el afecto y la popularidad de que goza MANUEL en aquel Estado. Abriéronse de par en par las puertas de todas las habitaciones hasta entonces cerradas á los enemigos del reposo público, y todos los corazones palpitaron de alegría por la primera vez, después de nueve años de tristeza y de servidumbre. No en vano, pues, las señoras de Sonsón hicieron á MANUEL y á sus compañeros de armas, el objeto de todos sus cuidados y atenciones. Y así como fué recibido en Sonsón lo fué en todas las poblaciones del tránsito hasta Medellín, en donde la ovación pudo ser más suntuosa pero no más espontánea que en las otras localidades.

Vencida la Revolución en Antioquia, las armas de la República debían seguir marcha hacia Bolívar, en donde se había reunido la mayor parte del ejército enemigo, y en donde se estaban cometiendo á la sazón depredaciones sin cuento. El Jefe Civil y Militar del Estado y Delegado al mismo tiempo del Poder Ejecutivo nacional, organizó en Medellín una fuerte expedición compuesta de dos cuerpos de ejército que, partiendo separadamente de aquella capital por la vía del Nordeste, y pasando por Cáceres, Nechí, Zaragoza y Ayapel, fijara un punto de reunión en las hermosas sabanas del Corozal. Aun cuando todo se tuvo presente para que nada faltase á aquellos nuevos conquistadores, la empresa era por sí sola atrevida y peligrosa para soldados en su mayor parte procedentes de los páramos de Cundinamarca, y que antes de enfrentarse con el enemigo tenían que luchar con el clima, con la aspereza apenas concebible del camino y con el sinnúmero de insectos y reptiles venenosos de que están pobladas aquellas regiones casi desconocidas para los habitantes del interior.

Por de contado, MANUEL hizo parte de esa expedición; y si bien su vida y la de sus compañeros estaba comprometida en tan seria campaña, á su término había de encontrar, después de tantos peligros y privaciones, la íntima y dulce satisfacción que deja en el alma el cumplimiento

del deber, única recompensa á que ha aspirado siempre ese corazón formado para la lucha y para el sacrificio.

Mas, antes de dejar á Medellín, tenía MANUEL que llenar otro deber impuesto por su acendrado amor á la República y por el respeto que á todo hombre de carácter elevado inspiran las grandes virtudes y los merecimientos de sus conciudadanos.

“ Antes de ayer—nos dice de Medellín con fecha 26 de Marzo uno de los oficiales del Ejército—á las cuatro de la tarde, y previa invitación verbal del General BRICEÑO, se organizó una procesión cívica para ir á visitar la tumba del señor doctor D. Mariano Ospina Rodríguez.—Fueron invitados á ella el Comandante en Jefe del Ejército, General Mateus, el Comandante general de la 1.ª División, General Piñeros, y el Comandante general de la 4.ª de Reserva, General Marceliano Vélez. El General Mateus concurrió con todo su Estado Mayor, el General BRICEÑO con toda la oficialidad de su División y el General Piñeros con dos Ayudantes de campo; en todo doscientos ó trescientos oficiales que llevaban cada cual una corona, y cerca de quinientos paisanos.—En el cementerio discurrieron los Generales Mateus, Piñeros y BRICEÑO, y ofrendaron sus coronas á la memoria del esclarecido ciudadano cuyos restos mortales encerraba aquella tumba.”

Cumplido este deber, MANUEL debía pensar en prepararse para la marcha, y así lo hizo.

De la manera como MANUEL fué recibido en todas partes, es una muestra, entre otras, la honrosa manifestación de que fué objeto por parte de los habitantes de Yarumal, en el Estado de Antioquia, que publicamos á continuación, y las expresiones de complacencia y de júbilo que en cartas particulares de muchas poblaciones hemos visto consignadas en honor suyo.

En esta ruda campaña se ve también, como en muchos otros pasajes de la vida de MANUEL, la protección que la Providencia divina dispensa á los hombres que ponen en ella toda su confianza. Después de una marcha dilatada, semejante á la que hizo el Ejército libertador en 1819, en la cual no hubo obstáculo que no se venciera, ni peligro que no se arrostrara, ni sacrificio que no se hiciera á trueque de satisfacer una imperiosa necesidad del corazón republicano y patriota, aquella verdadera legión de espartanos salió de la oscuridad de las abruptas montañas del Nechí y de Zaragoza á la hermosa claridad de las espléndidas sabanas de Corozal, en donde hecho el recuento de los mil doscientos voluntarios que la componían, halló MANUEL, el intrépido y perseverante caudillo que la conducía al campo de la Gloria, que sólo faltaban ; cuatro ! sí, cuatro nada más, de sus valientes y sufridos compañeros ; cuatro, á quienes la muerte, producida por

la insolación, había sorprendido en la mitad de su camino.

Algo más de un mes tardó MANUEL en tocar á las puertas de la heroica Cartagena, en donde pocos días antes se había ofrecido en espectáculo á la consideración del mundo entero, de un lado la osadía y el espíritu de destrucción y de aniquilamiento en los enemigos del honor patrio, que pretendieron hollar con planta impía la tierra que cubre las cenizas de tantos próceres, y de otro la resistencia que los descendientes de éstos hicieron á las desalmadas hordas del moderno Atila.

Concluyamos.

En MANUEL pueden observarse á un tiempo mismo tres hombres diferentes que juntos forman un tipo solo: el hombre de la familia, amante, tierno y afectuoso; el hombre de la guerra, valiente, generoso y sufrido, y el hombre de la política, honrado como el que más, perseverante y enérgico. Agreguemos á estas grandes virtudes la amenidad de su trato, la severidad de sus costumbres, la dulzura de su carácter y los sentimientos de religioso interés que le inspira la desgracia ajena, y tendremos el retrato verdadero de uno de los hombres que, no obstante su edad relativamente corta, gozan de más popularidad en Colombia. La sociedad y la familia tienen en MANUEL su más firme apoyo, la causa nacional

uno de sus más poderosos adalides y la República un soldado capaz de hacer los más costosos sacrificios, con tal de devolverle la honra y la gloria que los malos ciudadanos le han arrebatado.

El Dios de los Ejércitos ha sido en esta vez propicio á las armas de Colombia; y esas numerosas cohortes de bravos soldados que, como dentro de un círculo de hierro, estrechan al enemigo en las playas ardientes del Magdalena, y á orillas del Atlántico, testigos de su valor y su constancia; esa legión de patriotas, entre los cuales era imposible que no figurase MANUEL BRICEÑO de los primeros, desplegará pronto al viento la bandera victoriosa de la República, y dará al mundo entero el ejemplo del civismo, del desinterés y de la abnegación, y á la Patria una página más de gloria inmarcesible!

En tanto que esto sucede, y sucederá, Dios mediante; en tanto que volvemos á estrechar contra nuestro corazón al Jefe y al amigo, presentamos hoy, día de su natalicio, este sincero homenaje de nuestro respetuoso afecto á la memoria del afortunado padre que supo hacer de MANUEL un patriota digno de su nombre, á los relevantes méritos de la dichosa madre que se enorgullece de llamarlo su hijo, y á las virtudes de la tierna esposa, que amante divide con él las penas y las alegrías de la vida.

Bogotá, Julio 8 de 1885.

AL SEÑOR GENERAL

D. MANUEL BRICEÑO.



O Patria! ; cuántas veces
He elevado por ti mis tiernas preces
Al contemplar tu suerte desdichada!
; Cuántas he visto entre ardoroso llanto
Hecho jirones tu purpúreo manto,
La diadema á tus pies despedazada!

Al són del arpa mía,
Que resonaba por la selva umbría,
A los cielos contaba tus pesares,
Y, destrenzando su cristal luciente,
Suspiraba por ti la clara fuente,
El ave sollozaba en sus cantares.

El águila su vuelo
Libre ensayaba por el vasto cielo,
Y sólo tú cargada de cadenas,
Reclinada de espinas en el lecho,
De tu prisión en el recinto estrecho
Gemir podías por tu suerte apenas.

Á la Cruz que oprimías
Contra tu pecho en más felices días
Tendiste en vano los ebúrneos brazos:
El déspota que tiembla de su sombra,
Que nunca al Dios de la justicia nombra,
Arrojóla entre el lodo hecha pedazos.

¿ Y dejará el Eterno
Que ante el tirano, aborto del Averno,
Perezcas en tan mísero abandono ?
Oh! no! que ya preparan tus guerreros
Para la lid sangrienta los aceros,
Y tiembla el opresor sobre su trono.

BRICEÑO denodado,
Tú al escuchar al digno Magistrado
Pronunciar el solemne juramento
De pisar del rebelde los pendones,
Brotar hiciste por doquier legiones,
Y has luchado en la lid con ardimiento.

De flautas femeniles
No oíste de tu infancia en los abrils
En el bosque nativo la armonía:
De tu cuna al pausado movimiento
De la Patria escuchabas el lamento,
Que la cóncava gruta repetía.

Al brillar en tu frente
El resplandor de juventud ardiente
Levantaste tu voz atronadora
Contra el tirano, que por vez primera
Oyó del tiempo en la terrible esfera
De la justicia resonar la hora.

Como el sordo bramido
Del volcán, precursor del estallido
Que en un instante agitará la tierra,
Escucha el opresor de espanto lleno
Del pueblo vengador la voz de trueno
Que anuncia al mundo encarnizada guerra.

Inermes á las lides
Volaron los valientes adalides;
Mas ; oh Patria ! si el pérfido tirano
De la fortuna recibió propicia
Los sangrientos laureles, la Justicia
Arrebatóle el cetro de la mano.

Entre el polvo caído
Cual serpiente arrastróse enfurecido ;
Mas pronto audaz del Magistrado en torno
Del patrio honor y del deber en mengua,
Hipócrita movió su torpe lengua,
Y entre lisonjas recurrió al soborno.

Al soborno villano,
Á la traición infame ; ;mas en vano!

Bajo tu cielo, ¡oh Patria! todavía
Falanje de varones se levanta,
Hija de la virtud, que con su planta
La frente aplasta de la vil falsía.

En sü odio el perverso,
Maldito por el Dios del universo,
Agita el patrio suelo por doquiera;
Deja los pingües campos solitarios,
Y su innoble legión de mercenarios
Señala con el crimen su carrera.

Los bravos campeones
De Colombia, levantan los pendones.
Ved los héroes de Sonso y Salamina,
De Riofrío, Colón y de Cartago
Cuál llevan el espanto y el estrago
Al enemigo, que la frente inclina.

La horda carnífera
Del sangriento incendiario, la ribera
Que baña el Ponto deja desolada.
Noble BRICEÑO á destrozarla vuela,
Que por Colombia la Justicia vela,
Y eternos lauros segará tu espada.

Bogotá, Mayo de 1885.

RUPERTO S. GÓMEZ.

MANIFESTACIÓN DE YARUMAL

AL GENERAL MANUEL BRICEÑO.

Un deber sagrado de gratitud y patriótica admiración nos impulsa hoy á enviaros nuestro saludo de bienvenida.

Esta ciudad, netamente conservadora, que paso á paso ha seguido el hilo de vuestra vida pública, os aclama hijo preclaro de Colombia, obrero incansable de las libertades públicas, vocero autorizado de las grandes ideas de regeneración y colaborador infatigable, adalid poderoso de la acertada política que ha venido á salvar el país.

Sí, General, habéis sido el porta-estandarte más decidido y más resuelto en la lid extraordinaria que empezó hace diez años y que al través de dificultades y de grandes sacrificios ha venido hoy á resolverse en favor de la Patria.

Porque el país estaba ya al borde de pavoroso abismo, como muy bien dijo el experto Jefe de la Nación. Se hallaba el país en vísperas de caer, de una vez y quizá para siempre, en la espantable sima de una anarquía diabólica. La confusión de

ideas á que se llegó, la terrible descomposición social que sobrevino, todo, todo presagiaba la proximidad de un peligro tal, que aun los ánimos más tranquilos se llenaron de espanto.

Pero, gracias á Dios y á la actitud decidida del gran ciudadano que hoy rige los destinos del país; gracias á la prudente y sabia dirección de nuestro partido; gracias á los esforzados adalides de nuestra gran causa; gracias, en fin, á esa bella porción de eminentes patriotas del partido independiente, y gracias á vos, ciudadano General BRICEÑO, ya la Nación se ha salvado. El abismo abierto para sepultar los escombros de esta amada Patria, ha venido á convertirse en cima dominante, sombreada por inmarcesibles bosques de oliva y de laurel, y los atrevidos cavadores de la gran fosa que debiera sepultarnos han venido á convertirse en mudos espectros, sombras ambulantes é inofensivas, llamadas á poblar el ignorado y oscuro rincón del afrentoso olvido.

Poderoso y altivo, el derecho se levanta sobre pedestal inmenso de corazones colombianos; la ley, severa y justa á par que compasiva y santa, empieza á dominar los horizontes de la Patria: la paz, con sus deliciosas y bonancibles auras, refresca ya aun las más apartadas regiones de nuestro suelo.

Tal ha sido la tarea que á toda costa y sin esquivar sacrificios de ningún género habéis cumplido vos y vuestros nobles compañeros.

¡ Gloria al eminente doctor Rafael Núñez, re-
generador de Colombia!

¡ Gloria á vos, ciudadano General MANUEL
BRICEÑO!

¡ Gloria á los nobles campeones del indepen-
dientismo!

¡ Gloria al Directorio Conservador de la Re-
pública!

Yarumal, Marzo 25 de 1885.

Sebastián Mejía—Rafael Botero A.—Lucas María
Misas—Juan B. Palacio.—Carlos Cárdenas.—Ramón
María Valencia—Daniel Gil P.—Juan F. Hoyos—Ma-
nuel Misas—Francisco Mejía V.—Marco A. Mejía—
Baldomero Jaramillo—Cipriano Mejía—Félix María
Navarro—Juan B. Mejía B.—Alejandro Hoyos M.—
Nacianceno Rivera—Faustino Rivera V.—Alejandro
Zavala O.—Fernando Ramírez—Baudilio Vargas F.—
Carlos A. Piedrahíta y F.—Bonifacio Salazar—Jacin-
to Palacio—Baudilio Villegas—Francisco J. Euse—
Miguel A. Mejía V.—Heliodoro Medina—Eduardo
Mejía—Luis M. Gutiérrez—Servando Mondragón—Ma-
nuel S. Correa—Cipriano Palacio M.—Miguel M. Be-
tancourt—Emilio Soto—Manuel A. Carrasquilla T.—
Víctor López—Luis María Palacio T.—Manuel S. Sán-
chez—Juan Bequetares—Justiniano Jaramillo—Na-
cianceno Jaramillo—Avelino Arango—Ángel María
Roldán—Manuel A. Rivera H.—Félix Palacio—Manuel
M. Mejía P.—Tomás M. Mejía V.—Salvador Rivera
V.—Abraham Mejía P.—David J. Arango—Vicente
Hoyos—Clodomiro Hernández—Manuel María Hoyos.
Francisco Palacio J.—Juan B. Molina—César Arango.

Alejandro Soto—Agustín M. Arango—Luciano Preciado.
Ramón María Vásquez—Rafael A. Tamayo—Fernando
Acevedo—Luis María Vásquez C.—Francisco A. Gil—
Fausto Peláez—*Por súplica de Jesús Rodas*, Marco A.
Mejía R.—*Por Antonio Jesús Pareja*, Manuel S. Rive-
ra H.—Agapito Arango J.—Francisco M. de la Calle J.
Jesús María Jaramillo V.—Juan de Dios Calle M.—
Luis R. Palacio—Victorino Valencia A.—Marciano Pa-
lacio A.—Alejandro M. Roldán C.—Juan C. Rivera.—
Alfonso Botero—Antonio Mejía—Severo Arango—Ra-
fael A. Ramírez—Eugenio Salazar—Manuel de J. Rol-
dán—Miguel A. Hoyos—Joaquín Muñoz E.—Francisco
Peláez—Manuel S. Ruiz—José Jaramillo R.—Francis-
co María Arismendi.—Wenceslao Soto H.—Avelino
Hoyos—Nicanor Palacio D.—Emigdio Roldán—Joa-
quín Quijano—Manuel S. Orosco E.—*Por Bernardo
Palacio*, Heliodoro Medina.—Próspero Mejía V.—Ig-
nacio Hernández—Epifanio Jaramillo L.—Manuel A.
Ángel—Nicolás W. Hoyos M.—Ramón Penago—Ne-
pomuceno Gil—Alejandro Palacio—Francisco A. Ho-
yos—Nazario Gil—Manuel S. García P.—Francisco
María Dávila—Nacianceno Hernández—Juan A. Rive-
ra—Joaquín U. Hernández—Gabriel Alzal—Nemecio
Arango M.—José M. Uribe Villa—Pablo E. Díaz.—
Néstor J. Navarro—José M. Osorio—Matías Hoyos
Mejía—José María Zapata—Samuel Martínez M.—José
A. Uribe E.—Juan Esteban Arboleda—Tomás Bolívar.
Eladio Bolívar—Luciano Palacio—Juan de J. Orosco
E.—Jorge González S.—Wenceslao Moreno—Francisco
A. Palacios—Federico Roldán—Manuel A. Gómez P.—
Antonio M. Márquez—Álvaro Betancourt—Juan N.
Gómez P.—Pedro M. Romero—Anselmo Palacio—Joa-
quín Misas—Pablo Emilio Villegas—Jacobo Torres S.
Domingo Quijano—José María Peña—Jesús Jiraldo—

Manuel Alzate—Luis M. Arango—Juan de Rojas Rol-
dán—Félix A. Muñoz—Agapito Medina—Manuel A.
Acevedo—Antonio María Estrada—Miguel A. Porras.
Lázaro Castro—Estanislao Jaramillo—Francisco A. Co-
rrea Jaramillo—Ricardo Mejía—Alejandro Amaya—
Valentín Correa J.—Juan de D. Ardila—Cecilio Ro-
dríguez—Nepomuceno Jaramillo—Francisco Jaramillo.
Venancio Mejía—Narciso Martínez—Joaquín Mejía T.

MANIFESTACIÓN DE BOGOTÁ

AL GENERAL MANUEL BRICEÑO.

DESDE la espléndida sabana que bañan mansamente las aguas del Funza, queremos enviaros una voz de aplauso, un acento de entusiasmo que vayan á resonar en torno vuestro, mezclados con el majestuoso rumor de las brisas del Atlántico, que hoy acarician vuestras sienes y las de vuestros heroicos compañeros de campaña.

Digna de vuestro ánimo levantado, de vuestra voluntad incontrastable y de vuestra incomparable abnegación, ha sido esa campaña que vais á coronar, concurriendo á dar el último golpe á la funesta rebelión que os ha llevado tan lejos del hogar querido, y que ha hecho brillar más y más vuestro nombre en el cielo de la Patria.

Vuestro corazón templado al fuego de las grandes luchas, os hizo abandonar las ardientes de la tribuna y de la prensa, para lanzaros al torbellino de la guerra. Eximios han sido vuestros esfuerzos, y grandes vuestros merecimientos

en la noble empresa de salvar la causa del Derecho y la Justicia, á la cual habéis consagrado todo el vigor de vuestro espíritu y todos los instantes de vuestra vida.

Recibid, ciudadano General, juntamente con vuestros abnegados compañeros, nuestras entusiastas congratulaciones y nuestros votos por vuestro glorioso regreso al hogar y á los brazos de vuestros amigos, con el alma inundada por las incomparables emociones del deber cumplido.

Bogotá, Julio de 1885.

Leonardo Canal—Leopoldo Barón—Temístocles Castillo—Federico Vargas de la Rosa—Emigdio Pardo—R. V. Gómez—Hermógenes Novoa—Paulino Rosas—Francisco de P. Pardo—Olegario Ruiz—Nicolás Quimbay—Bernardo D. Rojas—Rómulo Ramos Ruiz—Moisés Rocha C.—Gonzalo A. Duque—Olegario Rodríguez—Santiago Pardo y Pardo—Timoteo Blanco de Mesa—Plácido Pérez—Cristino Gómez—Francisco Duque H. Juan Jenaro Pardo—Manuel J. Gómez A.—Manuel González P.—Paulino Amaya—Luis María Pardo—Eugenio María Herrán—Santos Díaz—Pedro Antonio Herrán—Felipe de Peñarredonda—Rafael Ramírez Castro. I-idro Nieto—Leopoldo Guevara—Pascual Castro—Ignacio Martínez Pardo—Estanislao Fonseca—Juan de Brigard—Romualdo Pardo—Marcelino Pescador—Juan B. Rodríguez—Eladio Páez—Juan E. Rodríguez—Luis Santos París—Pablo María Vargas—Marcelino Dupuy. Gregorio Castro—Germán Pardo—Clímaco Rodríguez. Olegario Martínez—José María Ortega P.—Antonio B. Caro—Sixto Hernández—Alejandro Osorio G.—Fran-

cisco J. Caro Ponce—Ricardo Olachea—Juan de M. Díaz—Pedro Ruiz Ramos—Clímaco M. Nieto—Juan de Mendoza—Rafael Pombo—J. Fonseca—Victorino Pedrero—José María Muelle—Lisandro R. Caballero—Francisco J. Herrán—Lorenzo Fonseca—Enrique de J. Aguiar—Félix A. Merizalde—José María Salazar L.—Francisco de P. Torres A.—Julio Pardo Q.—Arcadio L. Gaitán—Ignacio Rodríguez H.—Antonio Ospina L. A. Pardo Q.—R. Saumet T.—Marcelo Caicedo—Eduardo Castro—Jorge Pardo Q.—Bernardino Castro P.—Ricardo Tejada—Sergio A. Barón—Manuel M. Madero G. José J. Otero D.—Aquilino Ballesteros—P. Rafael Franco—Nemecio Sotomayor—Avelino Ortiz—Juan Trujillo T.—Antonio Pardo Q.—Rafael Gaitán—Manuel Reina H.—Rafael Pardo—Isaac Pulido—José María Castro B.—Enrique Moncó—R. Eusebio Gómez R.—Marcos Ballesteros—Justino González—Ignacio Pulido. Marcelino Costavarría—Jesús Rocha S.—Enrique Aray. Félix Valois Madero—Julio Neira—Miguel Fonseca—Diego Madero—Inocencio Madero—Ismael González—Rafael Lesmes—David Rodríguez—Cecilio Amaya—Leandro Romero—Dionisio Torres—Juan Corredor—Antonio Esguerra—Gregorio Suárez—Ismael Carrillo. Juan Mogollón—Hermógenes Cortés—Ángel María Posada—Antonio Pinilla—Pedro Torres—Gabriel Garzón. Agustín Téllez—Gregorio Bermúdez—Marcos E. Gaitán—Rafael Díaz—Adriano Martel—Indalecio Ramírez. Francisco Castro—Casimiro Díaz—Belisario Carrillo—Julián Escallón—Polidoro Valenzuela—Indalecio Reina. Rafael Florido—Marcos Barrera—Ezequiel Leañó—Calixto López—Rafael Gordillo—Ramón Rodríguez—Agustín Moreno—Manuel J. Melo—Luis Tribiño—Eduardo Escobar—Cornelio Amaya—Francisco García. Vicente Duarte—Agustín Baquero—Ignacio Moreno—

Félix Rodríguez—Carlos Ramírez—Rafael Prieto—Rafael González—Juan Amaya—T. Ramón Zamora—Toribio Olaya—Rafael Silvestre P.—Antonio de Narváez. Eusebio Prieto—Pedro A. Lobo—Nemecio Madero—Salvador Fernández—Valeriano Díaz—Adriano Talero. Ulpiano Arizabaleta—Ernesto Losada—Arcesio Prada. Alejandro Ortiz—Jorge Moya Vásquez—Manuel A. de Castro—Juan de D. Díaz—J. Miguel Guerrero G.—Ricardo S. Gamba—Ramón A. Avellaneda—Modesto Cacedo—Hipólito Rojas—Graciliano Caldas—Lucas Espinosa M.—Félix Salinas E.—Miguel A. Peñarredonda—Ignacio Borda—Nicolás Pontón—Ramón Pereira—Manuel Otero—Gerardo Andrade—Mariano Álvarez—Antonio Arrézola—Carlos Arrázola Pogad—Federico López Lema—Gonzalo Castrillón—Joaquín Cleves—Jenaro Moya Vásquez—Antonio Vargas—Demetrio H. Salazar—Diego Buitrago—Alejandro Salazar—Gerardo Pulecio—Moisés Luque—Miguel Rebolledo—José María Pardo Carrillo—Félix Sotomayor—José Manuel Montoya—José E. Salazar L.—Laurencio Cárdenas—José T. Salazar Tovar—Domingo Vargas M.—Jerónimo Argáez—Federico Montoya—Emilio Ruiz—Francisco Posada—Andrés Escallón—Guillermo Vargas P.—Buena Ventura Lenis—Vicente Avella—Luis María Terán—Alejandro Quintero—Mariano Herrera—José Ignacio Durán G.—Gustavo Becerra—Andrés Quintero—Evangélista Saavedra—Gonzalo Izquierdo—Esteban Cárdenas—José Ramón Peña—Carlos Barrantes—Ricardo Álvarez—Felipe Fonseca—Benjamín Moriones—Adolfo Ovalle—Isaías Quijano—Primitivo Ibáñez—Agustín Alba—Isaías Luján—Honorato Landínes—Antonio M. Jiménez—David A. Boada—Marcos Rodríguez Calvo. Carlos Cuervo Márquez—Teófilo Moncada—Adolfo Urdaneta—Vicente Prieto—Juan de M. Duarte—Pedro

López—Ramón Turriago—José María Zapata—Pedro Vanegas—Gregorio Acuña—Leopoldo Acuña—Juan de Dios Acuña—Daniel Boada—Hermógenes Neira—Apolinar Torres—Juan N. Cubillos—Pedro Pardo L.—Luis María Acuña—Mateo Garzón—Julio Acuña—Basilio Novoa—Flavio Novoa—Abelardo Novoa—Eusebio García—José Rico—Francisco Acosta—Leopoldo Rodríguez—Vicente López—Cenón López—Nicolás Quimbay. Nemecio López—Julián Morales—Luis Morales—Teodoro Ardila—José Lozano—Roberto Caro G.—Tiburcio Díaz R.—Martín Méndez—Isidoro Terreros—Fortunato Cifuentes—Guillermo Terán M.—Wenceslao Barragán—Facundo Mateus—Leonidas Urbina—Manuel José Barón—Rudecindo Gómez A.—Alejandro Osorio. Carlos Umaña—José María Tovar—Eduardo Pardo Q. Luis F. Copete—Eliezer Rodríguez—Honorato Salazar. Pablo Uricoechea—Adolfo María Osorio—Santiago Calderón—Juan de J. Rodríguez—Leopoldo Fonseca—R. Andrade S.—Cardenio Pérez—Manuel J. Arboleda—Carlos Sánchez—León Nieto Ramírez—Aurelio Castro A.—Uldarico Rojas—Medardo Hoyos—Luis Tovar—Rafael Céspedes—Lorenzo Antonio León—Manuel Dordely—Francisco Hurtado—Antonio Fonseca A.—Andrés Pereira—Emilio Pieschacón—Luis A. Medinaceli. Simón Díaz—Elpidio Gordon—Avelino Ortiz—D. Mendoza S.—Waldino Martínez—Clímaco Losada—H. Beltrán—Manuel M. Arias—Valentín Perilla—Manuel M. Leal—Eustacio Pieschacón P.—Alejandro Ronderos—Luis Tafur—Luis F. Canal—Arturo París R.—Aurelio B. Osorio—Miguel Ángel Losada—Máximo Pineda—Aristides García Herreros O.—Ramón Cárdenas—Enrique Nieto—Ángel María Vargas R.—Juan Garzón—C. Gamba T.—Abraham Rojas A.—J. M. Plata—Sinfaroso Madiedo—Fernando Restrepo B.—Pedro Sicard

M.—Federico Ferro—Manuel María Paz—Alberto Bernal B.—Aurelio Castro R.—Alberto Urdaneta—Manuel María Narváez—Torcuato Escobar—José Posada R.—Manuel González Rojas—José María Malo—Arturo Campuzano Márquez—Antonio Ortiz—Julio Moncada. Juan Francisco Urdaneta—Carlos Maldonado—Román Arrubla—Sixto Barriga—Roberto Barberi—Roberto Pardo—Julio Cuervo M.—Pablo Esguerra—Ernesto M. Sicard—Andrés Barriga—Carlos Barriga O.—Ricardo Figueroa—Cristóbal Camacho—Adolfo de la Torre—Eugenio Pardo—Simón Vargas S.—Leopoldo Bernal G. Esteban Muecha—Tobías Galarza—Ignacio Galarza C. J. Tomás Galarza—Lucio C. Moreno—Carlos Urdaneta. Adolfo Sicard y Pérez—Luis S. de Silvestre—Pedro M. Corena—Roberto Morales—José Ignacio Tovar—Enrique de Narváez—Roberto Baquero—Luis María Caro. José Ignacio Tovar—Valentín Gálvez—Jorge Gaitán—Pedro P. Zaldúa—José A. Martínez—Ranón González. Alejandro Díaz—Jesús González E.—J. M. Valderrama. Eusebio L. Caro—Aurelio Merizalde—Luis Ramón Ayala P.—Jesús Vargas—Antonio Gómez R.—José María Tarquino—Federico Díaz A.—Heliodoro Ángel F. Anastasio Díaz—Juan N. Silva—Joaquín Garcés Baraya—Justo Murillo—Bartolomé Rodríguez—Bernabé Castañeda M.—A. Rodríguez C.—Gregorio González—J. Francisco Ortiz—Ezequiel Agudelo—José M. Rubiano. Agustín González—Rodolfo Tovar—Rafael González—A. M. Cadavid—Tobías Pulido O.—Jacinto Uribe—José N. Álvarez—Francisco Arjona Bernal—Julio C. Tovar. Florentino Perdigón—Ángel María Quijano—José María Quijano—Reinaldo Mayorga—Celestino Ardila y Q. Andrés Munévar—Mamerto Barrera—Víctor Guerrero. Juan Peñalosa—Primitivo Ibáñez—Abelardo Barrera. Eustacio A. Escobar—Antonio M. Silvestre.